

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 956.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

## SUMARIO.

Desarme de los guardias nacionales refractarios; grabado.  
— Memorandum. — La guerra civil; grabados. — Revista

de París. — Poesía: Bernardo del Carpio y Abindarraez.  
— Las prisiones de los sacerdotes; grabado. — Estado actual de la puerta Maillot bajo el fuego de las baterías de la orilla izquierda del Sena; grabado. — Estado actual de la barricada que cierra la calle de Rivoli, en la esquina de la calle de San Florentin; grabado. — Bernabé Rudge, novela

escrita en inglés por Carlos Dickens. — Prisiones, pesquisas y embargos; grabado. — Prisioneros franceses en Francfort; grabado. — El alquimista del siglo XIX. — La conquista de Mallorca. — Aspecto de París bajo el régimen de la Commune: Vendedor de aves en el Palacio Real; grabado.



LA GUERRA CIVIL. — Desarme de los guardias nacionales refractarios.

## Memorandum.

(Continuacion. — Véase el número 955.)

MIÉRCOLES 5 DE ABRIL.

A los departamentos.

Ciudadanos:

Estais sedientos de verdad, y hasta ahora el gobierno de Versalles os ha nutrido tan solo de mentiras y calumnias.

Vamos, pues, á daros á conocer la situacion con toda exactitud.

El gobierno de Versalles es el que ha alumbrado la guerra civil, asesinando nuestras avanzadas, engañadas por la pacífica apariencia de sus sicarios; el gobierno de Versalles es tambien el que hace asesinar á nuestros prisioneros, y el que amenaza á Paris con los horrores del hambre y de un sitio, sin cuidarse de los intereses y de los sufrimientos de una poblacion tan agobiada por cinco meses de sitio.

No hablaremos de la interrupcion del servicio postal, tan perjudicial para el comercio; del secuestro de los productos de aduanas, etc., etc.

Lo que nos preocupa principalmente es la propaganda infame organizada en los departamentos por el gobierno de Versalles, para denigrar el movimiento sublime de la poblacion parisiense.

Os engañan, hermanos, cuando os dicen que Paris quiere gobernar la Francia y ejercer una dictadura que seria la negacion de la soberanía nacional. Os engañan cuando os anuncian que el robo y el asesinato se manifiestan públicamente en Paris. Nunca ha estado mas tranquila la ciudad que desde hace tres semanas; no se ha cometido un robo, ni se ha producido una tentativa de asesinato.

Paris no aspira mas que á fundar la República y á conquistar sus franquicias municipales, considerándose feliz con dar un ejemplo á los otros ayuntamientos de la Francia. Si el Consejo municipal de Paris ha salido del círculo de sus atribuciones normales, mucho le pesa, y solo es para hacer frente al estado de guerra provocado por el gobierno de Versalles.

Paris no aspira mas que á encerrarse en su autonomía, respetando los idénticos derechos de los otros municipios de la Francia.

En cuanto á los miembros de la Municipalidad, no tienen mas ambicion que ver llegar el dia en que Paris, libertado de los realistas que lo amenazan, podrá proceder á nuevas elecciones.

Hermanos, os lo repetimos una vez mas: no os dejéis alucinar por las monstruosas invenciones de los realistas de Versalles. Pensad que Paris lucha tanto por él como por vosotros en estos momentos. Que vuestros esfuerzos se unan á los nuestros, y venceremos, porque representamos el derecho y la justicia, es decir, la felicidad de todos por todos, la libertad individual y colectiva, bajo la égida de una solidaridad voluntaria y fecunda.

¡Viva la Francia! ¡Viva la República una é indivisible, democrática y social!

La Comision ejecutiva:

(Siguen las firmas).

JUEVES 6 DE ABRIL.

Los periódicos de este dia anuncian que han sido presos y llevados á la Consergería, el arzobispo de Paris monseñor Darboy, M. Legarde y otro de sus vicarios generales. Algunos guardias nacionales de Montrouge, acompañados del comisario M. Lagrange y el doctor Goupil, miembro de la *Commune*, han entrado en la casa de los padres jesuitas de la calle de Sevres y despues de haber hecho un minucioso registro en ella, se han llevado presos á los religiosos señores Olivaint y Caubert. Tambien ha sido preso el director del establecimiento de educacion de la calle de Postes, perteneciente á los jesuitas. Se dice igualmente que han sido presos el señor cura de la iglesia de la Magdalena,

el de San Agustin, el de San Felipe du Roule y el protonotario apostólico M. de Sura.

Se recibe la contestacion de Garibaldi al Comité central que le habia nombrado comandante de la guardia nacional de Paris.

Esta carta, fechada en Caprera el 28 de marzo, dice así:

\* \*

Ciudadanos:

Gracias por el honor de mi nombramiento al mando de la guardia nacional de Paris, á quien amo y con quien estaria orgulloso de dividir la gloria y los peligros.

Os debo sin embargo las consideraciones siguientes: Un comandante de la guardia nacional de Paris; un comandante del ejército de Paris, y un comité director, sean cuales fueren, son tres poderes que no podrán conciliarse en la presente situacion de la Francia.

El despotismo tiene la ventaja sobre nosotros de la concentracion del poder, y esta concentracion es la que debeis oponer á vuestros enemigos.

Escoged un ciudadano honrado, que no os faltan: Victor Hugo, Luis Blanc, Félix Pyat y Edgard Quinet y los otros decanos de la democracia radical pueden servirlos. Los generales Cremer y Billot, que segun veo tienen vuestra confianza, pueden entrar en el número.

Recordad sin embargo que un solo hombre honrado debe estar encargado del puesto supremo con plenos poderes. Este hombre escogerá otros hombres honrados para ayudarlo en la ruda tarea de salvar al pais. Y si teneis la dicha de encontrar un Washington, la Francia se levantará de su naufragio en poco tiempo y mas grande que nunca.

Estas condiciones no son una excusa para sustraerme al deber de servir á la Francia republicana. ¡No! Yo no desespere todavia de combatir junto á sus valientes, y soy vuestro servidor,

GARIBALDI.

VIÉRNES 7 DE ABRIL.

De una carta de Versalles fechada el 4 de abril, que publica *la Vérité*, copiamos los párrafos siguientes sobre la toma de Chatillon por el ejército:

« El 70 de línea y el 13 batallon de cazadores de á pié tomaron la posicion. El 70 de línea ha sufrido mucho, pero con pocos muertos; los federados han tenido un gran número de muertos y han dejado 200 hombres en poder de las tropas regulares.

» El general Pellé, dueño de la posicion, tomó las medidas necesarias para impedir un ataque ofensivo; la artillería y caballería marcharon en persecucion de los batallones de la *Commune*, que dejaron todavia en poder de las tropas cerca de 4,000 prisioneros.

» El general Duval y sus dos oficiales de ordenanza, con algunos federados, penetraron en una pequeña casa de Chatillon, y cercados por las tropas rehusaron rendirse. Un fuego mortífero se dirigió contra los guardias nacionales; algunos murieron, otros trataron de escapar; mas todos son prisioneros y fusilados los soldados cogidos entre los guardias, el general Duval y sus dos ayudantes. Nosotros hemos visto estos tres cadáveres un poco mas tarde en la casa Prevot, á 500 metros de la ambulancia militar de la encrucijada de Bievre.

» Los prisioneros hechos en Chatillon han empezado á llegar á Versalles á las dos de la tarde, y todo el dia han estado entrando en el cuartel de caballería de la plaza de Armas. A la cabeza de la primera columna de prisioneros marchaba el general Henry, cogido por la mañana en Chatillon. La muchedumbre exasperada gritaba: ¡muerte! las tropas apenas podian contenerla, y el general Henry conservaba una actitud firme y digna.

» En el interrogatorio que se le hizo al general Henry, manifestó que era jefe de legion y que formaba parte del cuerpo mandado por el general Duval; que su legion se componia de los 44, 46, 103, 136, 146, 202, 217 y 24 batallones, y que fué hecho prisionero en el momento de llegar, despues de establecer una batería de ametralladoras en la Maison-Blanche. Declaró tener veinte y dos años y ser discípulo del pintor Jerome; pero que habia abandonado la pintura por la política.

\* \*

El general Cluseret manda que entren en Paris los batallones, y todo el mundo se pregunta si esta medida va á poner fin á la lucha. Para esto se necesitaria que en Versalles se tomara una disposicion análoga, y lejos

de ser así, se anuncia que el gobierno está decidido á tomar la ofensiva enérgicamente.

SABADO 8 DE ABRIL.

Leemos en el *Journal Officiel*:

« El *Journal Officiel* de Versalles contiene lo siguiente:

« Algunos hombres que se han reconocido como pertenecientes al ejército, y que fueron hechos prisioneros con las armas en la mano, han sido fusilados con arreglo á la ley militar relativa á los soldados que combaten contra su bandera. »

» Esta horrible confesion no necesita comentarios. Cada palabra grita venganza y justicia, y no se hará esperar. La violencia de nuestros enemigos prueba su flaqueza: ellos asesinan, en tanto que los republicanos combaten. La República venera. »

\* \*

El decreto sobre los rehenes, las requisiciones que hace la Commune, las prisiones en el alto clero, las visitas domiciliarias, causan en el público una emocion profunda.

Los periódicos adictos á la Commune abundan mas y mas; pero en cambio van desapareciendo los órganos de opiniones contrarias.

Se suprime el grado de general por ser incompatible con la organizacion democrática, y se nombra al ciudadano Ladislao Dombrowski comandante de la plaza de Paris, en reemplazo del ciudadano Bergeret llamado á otras funciones.

Una órden del dia de Cluseret proscribida « la manía ridícula del galon, de los bordados y de las agujetas » en los uniformes de la guardia nacional.

Se modifica el decreto sobre el servicio en la guardia nacional, de esta manera:

« De diez y siete á diez y nueve años el servicio en las compañías de guerra será voluntario; y de diez y nueve á cuarenta obligatorio para los guardias nacionales casados ó no. »

Todo ciudadano herido y que no pueda trabajar, recibirá una pension anual y vitalicia de 300 á 4,200 francos.

DOMINGO 9 DE ABRIL.

Se nombra al ciudadano Dombrowski comandante de la plaza de Paris en reemplazo del ciudadano Bergeret.

Se prende al ciudadano Bergeret.

Hé aquí, segun se dice en el Estado mayor, lo que ha motivado el arresto del ex-comandante de la plaza.

En la noche del viérnes al sábado, muchas órdenes del delegado de la guerra, no habian sido ejecutadas por el Estado mayor, y el general Bergeret, sustituyendo su autoridad á la de su colega, habia enviado á los batallones extramuros órdenes tan diferentes de las que habia recibido, que hubo una verdadera confusion en las operaciones militares. A la mañana siguiente el ciudadano Bergeret fué reemplazado por un ciudadano polaco.

A las once de la mañana, el ex-comandante de la plaza fué llamado á casa del general Cluseret, quien le dirigió reproches tan vivos que la conversacion degeneró pronto en una violenta disputa. El ciudadano Bergeret, elevando la voz, dijo al general Cluseret: « que él, francés y patriota, no podia resolverse á obedecer al hombre que se batió en América por la causa de la esclavitud contra la libertad, y que repudió su cualidad de francés para hacerse ciudadano de otro pais. » Una franqueza de este género debia ser fatal á su autor, y un mandato de arresto se dió contra el general Bergeret.

Se nombra una comision de barricadas.

\* \*

Aunque es dia de Pascua, la sangre continúa corriendo, y la fiesta religiosa no se celebra con la pompa de otros años.

Paris se agita en el mismo círculo. Aquí tentativas de

conciliacion; allí continuacion de la lucha, y en todos los barrios de Paris visitas domiciliarias y prisiones.

LÚNES 10 DE ABRIL.

Se aplazan las elecciones fijadas para este dia, en atencion á los acontecimientos de la guerra.

Siguen las tentativas de conciliacion.

Los habitantes de Paris dirigen á M. Thiers, presidente del consejo, jefe del poder ejecutivo, la manifestacion siguiente:

\*\*

Confiado en la justicia de vuestro ánimo y en la equidad de vuestro carácter, los abajo firmados tienen el honor de manifestaros lo siguiente:

Sin la funesta resolucion tomada por la Asamblea nacional, elegida el 8 de febrero, de no fijar su residencia en Paris, aunque acababa de sufrir heroicamente todos los rigores de un sitio de cinco meses y de un bombardeo de veinte y cuatro dias, sin esta funesta resolucion, repetimos, la insurreccion del 18 de marzo de 1871 no hubiese alcanzado otro éxito que la del 31 de octubre de 1870; y aunque hubiera tomado las proporciones de las jornadas de junio de 1848, habria tenido el mismo fin.

La asimilacion que para justificar dicha resolucion, han pretendido establecer entre Paris y Washington no tiene fundamento.

La República de los Estados Unidos es una República federal, compuesta de treinta y tres estados, teniendo cada uno su autonomia, su representacion local formada de dos cámaras semejantes al Senado y á la Cámara de los representantes, y su banco de emision.

¿Es lo mismo en Francia?

Paris es una ciudad cerrada en que no se puede entrar, cuando se levantan los puentes levadizos, sino despues de haberla sitiado y rendido por el hambre.

¿Es igual de Washington?

Esta diferencia esencial, decisiva, bastará por sí sola para hacer justicia á una asimilacion que no ha podido imaginarse, sino en un exceso de pavor.

¿Cómo no ha visto la Asamblea nacional que permanecer en Burdeos ó trasladarse á Versalles, era hacer de la capital de la Francia, la capital de la insurreccion?

Era conceder á la insurreccion una ciudad fortificada que no seria posible tomarle sino por el hambre ó el incendio; era entregar la suerte de dos millones de habitantes á la entera discrecion de una minoría armada, posesionada del Hotel de Villa y de todas las administraciones públicas, que decreta, aprisiona, saquea y fusila; era en fin arruinar la industria, el comercio de la ciudad mas grande del mundo despues de Londres.

Este desastroso estado que empezó el 18 de marzo, subsiste hoy aun 4 de abril. Diez y siete dias interminables que nos agobia.

La insurreccion que se llamó primero *Comité central de la guardia nacional* y luego *Municipio de Paris*, tiene indudablemente, una gran parte de culpabilidad en este crimen que vino á empeorar una situacion en extremo grave; pero, ¿no son los mas culpables los que han excitado á los revoltosos, dejándoles la partida tan fácil de ganar?

Sea lo que quiera, lo que ahora importa es que una leccion pagada tan cara, no sea infructuosa.

Ahora bien, seria infructuosa si el dia que en el consejo municipal de Paris, desacreditado por su ignorancia, desarmado por su impotencia, vencido por su presuncion, haya dejado de reinar despóticamente, la Asamblea nacional no se apresura á dejar el teatro del palacio de Versalles para venir donde el buen sentido, el pasado, la experiencia, el patriotismo y el honor, han marcado su sitio.

Si el palacio Borbon es muy pequeño para tan gran número de diputados, si está mal situado para ser bien defendido, ¿acaso el palacio de Tullerías y el palacio del Louvre, en que se halla la sala de los Estados, ofrecerian menos facilidades que el palacio de Versalles para una instalacion provisional, que tendria la ventaja de ser protegida por el jardin de Tullerías y la plaza del Carrousel, donde es fácil reunir fuerzas considerables sin tener que temer el enfadoso contacto de los insurrectos, puesto que basta con cerrar las verjas de la plaza del Carrousel y del jardin de Tullerías?

Si por consideraciones que ignoramos se dejase este sitio, ¿no bastarian algunos dias para convertir el palacio de la Industria en sala de sesiones de la Asamblea nacional?

En fin, si se juzgase que la plaza del Carrousel, el jardin de Tullerías ó los Campos Elíseos, no ofreciesen á los diputados seguridad suficiente en caso de una considerable agresion armada, existe en Paris un sitio excepcional, en que la Asamblea nacional estaria mas segura que en el palacio de Versalles: es el Hotel de los

Inválidos, con su patio de honor rodeado de fosos, guardado por cañones, precedido de una llanura inmensa, costado por el Sena, y en fin, apoyado sobre el Campo de Marte y la Escuela militar.

Con una semana bastaria para construir en el patio interior del Hotel de los Inválidos una sala provisional de sesiones; habria diez veces mas terreno del necesario para instalar las mesas de la Asamblea, hospedar á su presidente, los cuestores y todos los generales y coroneles á quienes se confiase la defensa de la Asamblea nacional contra el ejército de la insurreccion.

Estas indicaciones no son, de parte de los abajo firmados, mas que para responder á las objeciones que podrian presentarle y han podido prever.

Lo que piden, de un modo urgente y expresivo, es la vuelta á Paris de la Asamblea nacional, porque su residencia en cualquiera otra parte, será la desorganizacion de la Francia y su ruina.

Quedamos de vos, señor presidente del consejo, jefe del poder ejecutivo, humildes y obedientes servidores.

MARTES 11 DE ABRIL.

El *Journal Officiel* publica el documento siguiente:

\*\*

A la guardia nacional.

Ciudadanos:

Nos comunican que sigue reinando una cierta inquietud en la guardia nacional respecto del ciudadano Dombrowski, nombrado comandante de plaza.

Le reprochan ser extranjero y desconocido de la poblacion parisiense.

En efecto, el ciudadano Dombrowski es polaco.

Fué elegido jefe de la última insurreccion polaca é hizo frente al ejército ruso durante varios meses.

Ha sido general á las órdenes de Garibaldi, que lo aprecia particularmente; tan luego fué nombrado jefe del ejército de los Vosges, el primer cuidado de Garibaldi fué exigir el concurso del ciudadano Dombrowski; Trochu se negó á dejarle salir de Paris y le hizo encarcelar.

El ciudadano Dombrowski ha hecho igualmente la guerra del Cáucaso, donde defendia como aquí, la independencia de una nacion amenazada por un enemigo implacable.

El ciudadano Dombrowski es incontestablemente un buen soldado y un hombre adicto á la República universal.

La Comision ejecutiva.

MIÉRCOLES 12 DE ABRIL.

Se instituye un consejo de guerra en cada legion, en razon á que « el gobierno de Versalles se lisonjea abiertamente de haber introducido en los batallones de la guardia nacional agentes que tratan de introducir en ellos el desorden. »

Las tropas de Versalles cañonean vigorosamente los fuertes del Sur. Los partes de la Commune dicen que la guardia nacional se mantiene firme y que el enemigo es rechazado en toda la línea.

Entre las innumerables manifestaciones que se dirigen á Versalles para obtener la pacificacion, señalaremos la siguiente que debe ser presentada á la Cámara de diputados por M. Turquet, que se ha encargado de transmitir á sus colegas la expresion de los deseos del gran comercio de Paris:

Señor presidente:

Señores diputados:

En el momento que estais reunidos con el fin de recoger los esparcidos restos de la fortuna de la Francia y salvar del naufragio algunos productos útiles, ¿no es del deber de todos proporcionaros los elementos preliminares que desarrollarán vuestros conocimientos profundos, vuestro sentimiento de justicia y vuestro amor por el bien público?

Entre las graves cuestiones del momento, la de los

alquileres industriales y comerciales y del privilegio del arrendatario requieren imperiosamente vuestra solicitud y la aplicacion de todas vuestras previsiones.

Todas las demás cuestiones comerciales pueden tener un fin amistoso por un acuerdo cordial, solidario, emanado de la iniciativa del comercio y de sus paternas costumbres; la cuestion de alquileres es la sola, en union de la del privilegio del arrendatario, que no puede conjurarse sino por un reglamento especial; porque la invalidacion forzosa, parcial ó total, de los contratos de alquiler, produce una disminucion considerable en las recaudaciones del Estado, la concurrencia insostenible en breve, la ruina del comercio, de la industria y de la hacienda.

En fin, los efectos excesivos del privilegio del arrendatario irán á buscar en su vivienda á la familia tranquila, para lanzar en ella la perturbacion y la ruina.

Ante estos hechos, cuyo próximo porvenir debe demostrarnos la evidencia, ¿nos opondrán el derecho del propietario? No lo creemos, porque seria desconocer la equidad y proclamar altamente que el derecho domina la justicia.

No llamaremos vuestra atencion, señores diputados, sobre el régimen de proteccion especial de que se ha dotado la industria mobiliaria y las diversas combinaciones que, aumentando los cargos que teniamos, nos han obligado además á seguir la impulsión dada á una prosperidad ficticia.

No recriminaremos tampoco los diferentes decretos que han arrojado de Paris á los extranjeros, reducidos en número, que se hallaban aun en él cuando el cerco. No; pero preguntamos: ¿Se nos han alquilado á precios anuales, variando de 40 á 300,000 francos, locales que, segun los términos de nuestros contratos, se nos alquilan para un destino especial? Sí.

¿Hemos sido privados de esta destinacion y de los frutos que dimanaban de ella? Sí. ¿El propietario al arrendarnos su local habia previsto el cerco de Paris y estipulado las eventualidades? No. ¿El mismo legislador en cualquiera época, ha previsto este sitio? No. Podemos invocar, y esto tan solo por analogía, los artículos 1769 y 1770, y no nos otorgan una satisfaccion equitativa; podreis inspiraros de un modo abstracto, señores diputados, y únicamente con relacion á los alquileres.

En diversas épocas, la mayor parte de los abajo firmados, han solicitado de los ministros y del gobierno de la defensa nacional lo siguiente:

La remesa de alquileres durante el sitio de Paris; la suspension, durante un plazo dado, de la ejecucion del privilegio del arrendatario, y en último caso que se instituyese una comision compuesta de hombres especiales, á fin de establecer gratuitamente y de un modo definitivo, sin apelacion, sobre la equidad de las reclamaciones.

El 13 de octubre último el procurador general Leblond, en nombre del guarda-sellos contestó:

« La ley ha concedido á la autoridad judicial el poder de determinar segun los casos, la influencia de los sucesos de fuerza mayor, sobre las convenciones de las partes y el contrato de arrendamiento en particular. »

Segun esta contestacion, se trataba para nosotros de entregarnos á combates judiciales largos y costosos, tal vez estériles, á que se acomodan mal los usos apacibles del comercio.

El 28 de enero el ministro del Interior, vicepresidente del gobierno de la defensa nacional, respondia á los firmantes de nuestra última peticion, entre los que habia un cierto número de comerciantes muy notables que se habian adherido á una causa justa:

« Tan solo á la Asamblea nacional pertenece decidir las medidas de compensaciones especiales que se aplicarán á los excepcionales sufrimientos soportados durante el sitio por el comercio parisiense. »

Temiendo, señor presidente y señores diputados, aminorar el alcance de esta benévola contestacion, que puede servirnos de programa en esta cuestion, terminamos manteniendo las conclusiones de nuestras precedentes solicitudes, recomendándolas á vuestro celo por la conservacion de los intereses generales.

Recibid, señor presidente y señores diputados, la expresion sincera de nuestro profundo respeto.

JUÉVES 13 DE ABRIL.

El *Journal Officiel* de Paris publica el siguiente decreto:

La Commune de Paris, considerando que la columna imperial de la Plaza Vendome es un monumento de barbarie, un símbolo de fuerza bruta y de falsa gloria, una afirmacion del militarismo, una negacion del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores á los vencidos, un perpétuo atentado á uno de los tres grandes principios de la República francesa, la fraternidad,



LA GUERRA CIVIL. — Acción del 17 de Abril; retirada de los federados, abandonando la orilla izquierda del Sena en Asnières

Decreta:  
 Artículo único. La columna de la Plaza Vendome será demolida.  
 Se decide que las elecciones comunales tendrán efecto el domingo 16 de abril.  
 Siguen con entusiasmo los combates de Neuilly.

VIÉRNES 14 DE ABRIL.

Se da una organización al servicio de sanidad en la guardia nacional.

Los partes militares dicen que se defiende Neuilly palmo á palmo.

En Asnières la lucha no es tan viva.

En el Sur no ha habido incidente notable.

La delegación de Hacienda y la de la Guerra fijan como sigue el sueldo de los oficiales de la guardia nacional que hacen un servicio activo fuera del recinto fortificado:

General en jefe 16 francos diarios, 500 al mes. General de división 15 francos diarios, 450 mensuales. Coronel 12 francos diarios, 360 al mes. Comandante 10 francos diarios, 300 mensuales. Capitán, cirujano mayor y ayudante mayor 7 francos 50 céntimos diarios, 225 al mes. Teniente 5 francos 50 céntimos diarios, 165 al mes. Subteniente 5 francos diarios, 150 mensuales. En el interior de París se fija en 2 francos 50 céntimos para los subtenientes, tenientes y capitanes, y en 5 francos para los comandantes y ayudantes mayores.

La *Commune* licencia el regimiento de bomberos de París como cuerpo militar y lo ha reconstituido como cuerpo civil de la *Commune* de París.

La asociación internacional de los *Trabajadores*, considerando que Tolain, elegido á la Asamblea nacional para representar la clase obrera, ha desertado la causa del modo mas cobarde y vergonzoso, le ha expulsado de su seno, y propone al Consejo federal de Londres consagrar esta expulsión.

M. Chaudey, redactor del *Siécle*, ha sido arrestado por orden de la *Commune* y está incomunicado hasta para su esposa é hijos. Se le acusa de haber dado orden el 22 de enero en el Hotel de Villa, de tirar contra el pueblo.

(Se continuará.)

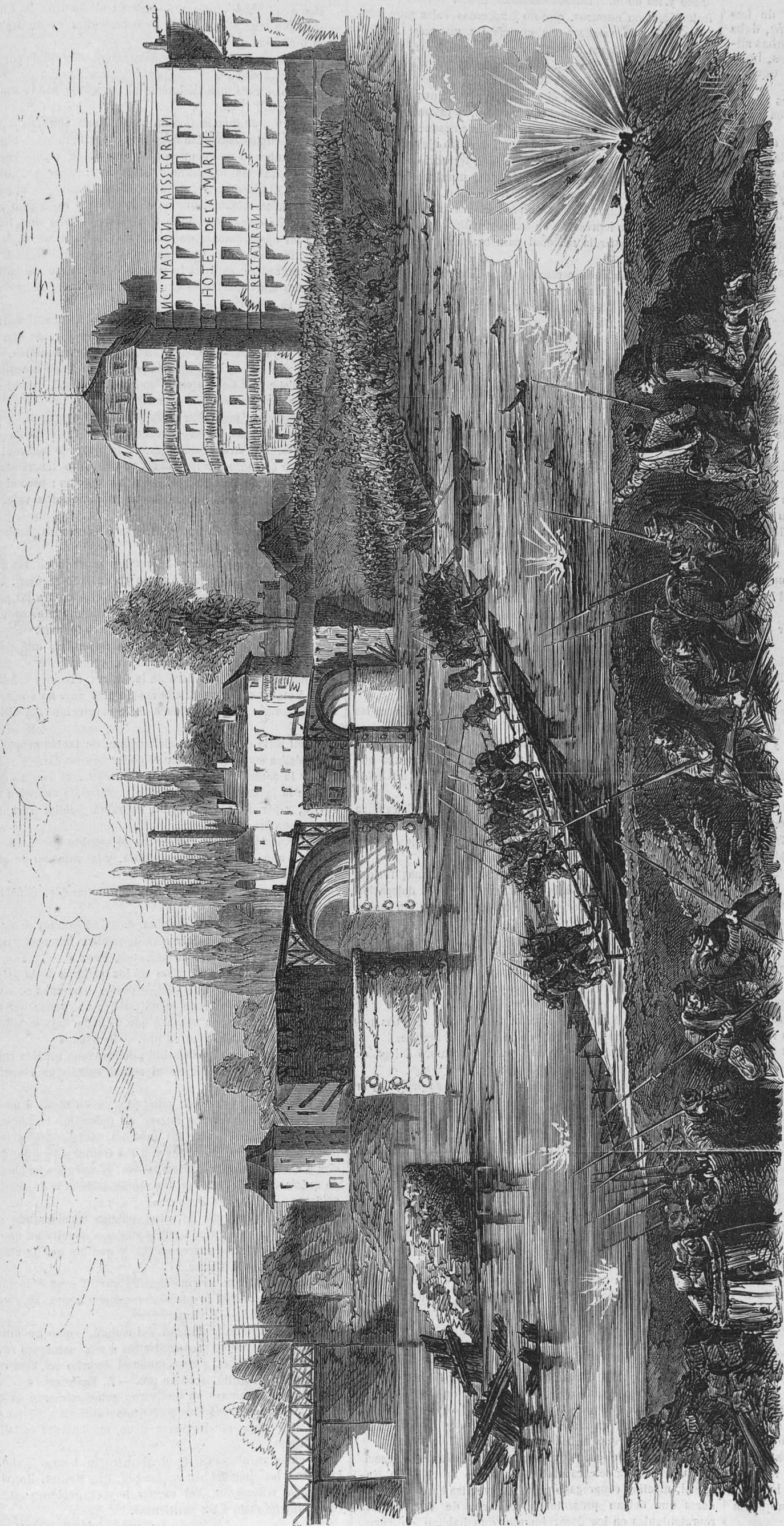
### La guerra civil.

NUESTROS GRABADOS.

Nuestros grabados de esta semana representan los principales episodios del ataque de Asnières, una de las acciones principales que han tenido efecto desde el principio de la lucha. Fué el día 17 de abril.

Los trabajos defensivos emprendidos hacia ocho días y ejecutados con gran actividad, habían hecho creer á los generales de la *Commune* que la posición podía desafiar todo ataque.

Delante del puente, á 150 metros de la estación próximamen-



LA GUERRA CIVIL. — Acción del 17 de Abril; las últimas tropas de los federados, intentando el paso del puente cortado en Asnieres.

te, cortaba la vía una formidable barricada, y dos ametralladoras colocadas en los ángulos amenazaban barrer todo el camino; hacía la derecha, en el ángulo de la carretera nº 32, una escarpa precedida de una trinchera garantizaba las avanzadas.

En fin, el camino de Colombes estaba protegido contra un ataque ofensivo de las tropas de Versalles por una barricada de piedra, cubierta por dos metros de tierra.

Además, se había abierto una larga trinchera de cerca de 800 metros de longitud, ligando entre sí los diferentes puestos y asegurando á los combatientes una protección eficaz.

Para tener mas medios de rechazar un ataque, las locomotivas blindadas estaban en la vía férrea, no lejos del puente del ferrocarril. Estas formidables máquinas estaban guarnecidas de ametralladoras americanas. Podían guardar la carretera que conduce al castillo de Bécon y la de Courbevoie.

Todo parecía previsto, y un ataque de los versalleses se consideraba imposible.

Con el fin de estar mas seguros aun del triunfo, los federados habían hecho barricadas en todas las calles del otro lado del Sena, asegurándose así en una y otra orilla posiciones inexpugnables.

Los guardias nacionales privados de caballería por su desgracia, no podían hacer reconocimientos; por esto ignoraban del todo que los versalleses habían aprovechado el tiempo, y que el redúcto de Gennevilliers había sido arreglado. Además, se colocaron piezas de marina en Colombes.

El servicio de Asnieres lo daban batallones agobiados por el cansancio. Los 77, 452, y 32 estaban de guardia hacia ocho días, y gracias á las últimas lluvias, las trincheras tenían un metro de fango en que los hombres se hundían hasta la cintura.

La batería de Courbevoie abrió el fuego y fué imitada en breve por la del castillo de Bécon.

Los guardias nacionales se han acostumbrado al cañoneo; además, diariamente disparaban estas piezas, y permanecieron insensibles á este primer ataque.

De pronto un cañoneo espantoso estalló por la derecha. Colombes y Gennevilliers entraban en línea. Las bombas llovían sobre este infortunado pueblo.

Los guardias nacionales, mal abrigados delante de Colombes y de Gennevilliers, retrocedieron para volverse á formar detrás de las barricadas y en las trincheras. Una columna de ataque aprovechó este momento con mucha habilidad, y se lanzó al paso de carga en la carretera, tomando de flanco á los federados que eran atacados de frente por las tropas salidas del castillo de Bécon. Las ametralladoras que guardaban la barricada, no pudieron disparar mas que una vez, pues los federados abandonaron este puesto insostenible y se refugiaron en la trinchera después de haber tratado un instante de defenderse en la estación. Pero el tiroteo era tan violento, las bombas caían con tanta frecuencia, que la resistencia fué muy corta.

Una hora después del principio del ataque, no quedaba un hombre del otro lado del ferrocarril.

Asnieres había sido perdido por los federados.

El terror inspirado á los guardias nacionales por esta enérgica ofensiva fué tan grande que no se detuvieron del otro lado del Sena.

Se esparcieron por Clichy y Levallois, forzaron la puerta de la muralla y en el mayor número entraron en París anunciando que

estaban vencidos. Muchos decían que los habían vendido sus jefes.

En un momento todas las casas de Clichy y de Levallois quedaron vacías. El *sálvese el que pueda*, daba piernas á los más perezosos; las balas y las bombas silbaban por todas partes. Una multitud de mujeres, hombres y niños se agolpaba contra las puertas que los guardias nacionales se negaban á abrir.

Al fin llegaron órdenes, y todas estas pobres gentes se lanzaron en París, llevando con ellos algunos muebles cogidos precipitadamente.

En el estado mayor y en el ministerio de la Guerra, las ordenanzas se sucedían sin interrupción. Se daban órdenes con una actividad febril. Se mandaron dos batallones de refuerzo con premura. No se trataba de atacar á Asnières sino de proteger á Levallois y Clichy.

Hasta la tarde una lluvia de bombas caía desde el Sena hasta la muralla.

Las tropas de Versalles, satisfechas de este importante triunfo, no pensaban en llegar más adelante y se concretaban á cubrir de metralla las posiciones ocupadas por sus adversarios.

### Revista de París.

En nuestra última revista hablábamos de la manifestación que preparaban en París los francmasones después de haberse puesto de acuerdo con la Commune, manifestación que consistía en ir á plantar las banderas de las logias en las murallas con el fin de contener el combate y negociar durante la tregua las bases de una pacificación que está en la mente y en los deseos de todos. Con efecto, la manifestación se llevó á cabo el sábado 29 de abril y fué un espectáculo de grande interés para la población parisiense.

La reunión de los francmasones se verificó á las nueve de la mañana en el patio del Louvre y allí se dirigió una diputación de los miembros de la Commune, con la cual los francmasones se encaminaron al Hotel de Villa.

El aspecto que presentaba el gran patio de honor del palacio municipal era digno de un pintor colorista.

Los miembros de la Commune habían salido al balcón de la escalera de honor delante de la estatua de la República rodeada de trofeos.

Los estandartes masónicos se plantaron en las gradas de la escalera, y en su derredor se veían los dignatarios de la orden con sus insignias y condecoraciones de formas y colores diversos.

El patio se llenó y aun quedaron fuera muchos francmasones seguidos de una multitud que no abandonó á la manifestación en todo el día.

El ciudadano Félix Pyat, miembro de la comisión encargada de recibirles, pronunció un discurso lleno de frases sobre la patria universal, sobre los principios contenidos en la divisa común: Libertad, igualdad y fraternidad, que excitó los aplausos de los manifestantes repetidas veces.

Principió por elogiar la conducta de la francmasonería que no se contenta con palabras como la sociedad de la Liga de los derechos de París, sino que entra en el terreno de la acción con un valor altamente meritorio.

Conocido ya el resultado de vuestra misión en Versalles, les dijo, «vais ahora á plantar vuestra bandera de humanidad en las murallas de nuestra ciudad sitiada y bombardeada, protestando así contra las balas homicidas, á nombre del derecho y de la paz universal,» y si esas balas no respetan vuestros emblemas pacíficos, os acordareis que sois ciudadanos y guardias nacionales y combatiréis contra los enemigos de la Commune, de la República y de la libertad.

Después de las aclamaciones que produjeron estas palabras en la concurrencia, un francmasón, á nombre de sus hermanos, dió gracias á la Commune por aquella acogida tan fraternal y tan simpática y prometió que todos corresponderían á ella cumpliendo con denuedo su misión humanitaria.

El ciudadano Beslay, decano de la Commune y francmasón, prometió solemnemente que á pesar de sus setenta y seis años, cumpliría con su deber yendo á plantar las banderas de paz en las murallas, y á combatir contra los soldados de Versalles si hacían fuego á las banderas.

Seguidamente el ciudadano Leo Meillet, también perteneciente á la Commune de París, les regaló un estandarte para que le plantaran mezclado con los suyos, á fin de demostrar que la Commune participa de sus doctrinas humanitarias y lo mismo que ellos desea la paz universal entre todos los miembros de la gran familia humana.

Entonces hubo una escena de gran efecto.

El hermano Terifocq tomó la bandera roja que le presentaban, y pronunció este discurso:

«Ciudadanos, hermanos: Soy de los que han tomado la iniciativa para ir á plantar el estandarte de la paz en nuestras murallas, y tengo la dicha de ver á su cabeza el estandarte blanco de la logia de Vincennes, que ostenta esta inscripción: «Amémonos los unos á los otros.» Hé aquí la primera bandera que pondremos al frente de las filas enemigas; y tenderemos la mano á los soldados ya que en Versalles no han querido oírnos.

» Sí, ciudadanos, hermanos, nos dirigiremos á esos soldados y les diremos: Soldados de la misma patria, venid á fraternizar con nosotros, que no tendremos balas para recibirlos antes que vosotros nos enviéis las vuestras. Abracémonos y que se haga la paz... Y si la paz se hace, volveremos á París bien convencidos de que habremos alcanzado la más bella victoria, la de la humanidad.

» Mas por el contrario, si no se nos oye, si nos reciben á tiros, apelaremos á todas las venganzas, y estamos seguros de que seremos escuchados y que la francmasonería de todas las provincias de Francia seguirá nuestro ejemplo; estamos seguros de que en cada punto del territorio en donde se muevan tropas con dirección á París, nuestros hermanos las saldrán al encuentro para que fraternicen.»

El orador termina diciendo que si fracasa su obra de paz, los francmasones ingresarán en las compañías de guerra y se batirán con la guardia nacional para conquistar las franquicias comunales.

Este fué el fin de la ceremonia en el Hotel de Villa.

Las bandas de música entonaron himnos patrióticos y el cortejo francmasónico se puso en marcha, acompañado de los miembros de la Commune.

La manifestación se dirige á la plaza de la Bastilla y por los bulevares y el faubourg Saint-Honoré, llega á la muralla.

En la avenida Friedland las banderas se reúnen en un solo grupo, y pocos instantes después atraviesan el Arco de la Estrella.

Se oye el cañón; pero esto no detiene á los delegados, que atraviesan la plaza de la Estrella y entran en la avenida Dauphine.

Algunas bombas pasan sobre sus cabezas.

Ya en aquellos sitios no es tan compacta la muchedumbre.

A las tres de la tarde la delegación de los francmasones llega á la puerta Dauphine, planta una bandera, y se dirige hacia la puerta Maillot, el objetivo principal de las baterías versallesas en esa zona.

Dos delegados avanzan hasta las líneas de las tropas, hablan algunos minutos con los soldados y luego salen en coche con dirección á Versalles.

Entre tanto seguían los francmasones plantando sus banderas en la muralla; pusieron más de 80.

El fuego, bastante nutrido algunos momentos antes, había cesado enteramente.

Mientras los delegados cumplían su misión se tomaron las siguientes disposiciones:

Se pusieron centinelas en cada bandera, y algunos miembros de la francmasonería se ofrecieron para formar una comisión permanente hasta el otro día, caso de que los delegados no volvieran aquella noche.

Lo restante de la manifestación se disolvió al caer la tarde.

Durante algunas horas hubo, pues, una suspensión de armas, que desgraciadamente fué bien corta.

Aquella misma noche el estrépito del cañón, más furioso que nunca, anunciaba á los parisienses que la delegación francmasónica debía estar de vuelta de Versalles sin haber conseguido su propósito.

Muchas de las banderas fueron acibilladas á balazos, y se recogieron como un trofeo que guardarán las logias.

A esta manifestación de la francmasonería siguió el domingo otra demostración que fué para los parisienses otra fiesta.

Era la que dispuso la ALIANZA REPUBLICANA DE LOS DEPARTAMENTOS, que tuvo efecto en la plaza del Louvre.

La asamblea adoptó una resolución y nombró delegados encargados de transmitirla á la Commune.

Con efecto, á eso de las tres los delegados se presentaron en el patio del Hotel de Villa, y uno de ellos, el ciudadano Milliere, explicó al presentar su resolución, cuál era la idea de aquella agrupación que habían formado los hijos de los departamentos residentes hoy en París, idea que consiste en provocar adhesiones en las provincias á la Commune de París, con el fin de ejercer una presión moral «sobre los que rechazan las reivindicaciones comunales.» El ciudadano Milliere añadió que la resolución había sido votada por unanimidad en una asamblea compuesta quizá de 50,000 personas, y cuyo número se aumentó considerablemente en la plaza de Greve.

La declaración es un acto de adhesión pura y simple á la Commune, con una oferta de propaganda en los departamentos, á fin de ayudar á la capital en su reivindicación de los derechos nacionales y municipales.

Esta última manifestación se va apartando ya de las vías conciliadoras.

Es verdad que la Commune de París sabe darse la maña de convertir en beneficio propio la inclinación de los habitantes de París que no están ciegos por el espíritu de partido, para buscar un modo de transacción que haga caer de las manos las armas de los combatientes.

En prueba de ello no haremos más que referir lo acaecido en el meeting celebrado el 1º de mayo en el Circo Nacional, meeting congregado para resolver las bases conciliadoras que debían presentar al gobierno de Versalles los representantes en los departamentos que habitan en París,

y que se terminó también con un voto de adhesión á la Commune.

Más aun: ya se empieza á decir en el seno de la Commune, que todo el que habla de conciliación es un traidor y no otra cosa.

¿Es pues, una situación verdaderamente sin salida por los medios pacíficos?

¿Se encontrará más fácilmente el desenlace por la fuerza de las armas?

No hay duda que la Commune de París limitada á sus propios recursos, sin auxilio en los departamentos, tendrá que sucumbir en un tiempo dado, aunque se resista con la tenacidad que ha demostrado hasta hoy; pues en último resultado el gobierno legal de Versalles tiene á su disposición un arma infalible, que es el hambre; y es seguro que se apelará á este medio si no dan más resultado que hasta ahora las operaciones emprendidas contra los insurrectos.

Efectivamente, las tropas de Versalles combaten cada día con más ardor; pero el terreno que ganan no constituye progresos tan importantes que nos puedan hacer entrever el fin que se proponen.

En estos últimos días, los combates más encarnizados se han verificado por el lado de los fuertes del Sur, sin que por esto se haya dejado de pelear en Neuilly y en Asnières.

El fuerte de Issy está reducido á un montón de escombros y el resistir más tiempo en él se hizo tan difícil, que el domingo la guarnición debió evacuarle.

Sin embargo, las tropas versallesas no le ocuparon, y pocas horas después de la evacuación, que tuvo efecto con gran desorden, otros batallones de la guardia nacional se dirigieron al punto abandonado y le ocuparon nuevamente.

Las tropas de Versalles pidieron la rendición; pero el mayor de plaza contestó que antes que rendirse haría volar las ruinas.

Y los ataques continuaban sin tregua ni descanso, haciendo víctimas en uno y otro campo.

El ejército del gobierno de Versalles procede en las operaciones que ha emprendido como en un sitio regular: abre paralelas, levanta trincheras, arma baterías contra las posiciones de la Commune; y todo esto, naturalmente, es muy lento, y el resultado final no aparece claro todavía.

Entre tanto la Commune destituye generales, que pasan del pináculo del poder á un calabozo, como le ha sucedido al general Cluseret, ministro de la Guerra, divide y subdivide los mandos, é inventa nuevas formas para su gobierno, que recuerdan las instituciones de la revolución del último siglo.

Difícil sería deslindar las atribuciones de tantos grupos de autoridades como se reparten el poder hoy en día.

Hay la asamblea que forma la Commune, el comité central de la federación de la guardia nacional, la comisión ejecutiva, y por último, el comité de salud pública recientemente nombrado.

La formación de este comité con el nombre que lleva, dió origen á una discusión tempestuosa, y la votación se ganó por pocos votos.

La mayor parte de los votos fueron motivados. Señalaremos algunos:

«Considerando que la palabra de salud pública es de la misma época que las palabras de República francesa y de la Commune de París, voto en pró. — F. PYAT.»

«Considerando que en vista de los peligros de la patria, jamás el nombre de salud pública puede estar más en situación; y que el comité de salud pública no puede ser una dictadura peligrosa, en razón á que se halla bajo la autoridad de la Commune, voto en pró. — PARISEL.»

«Voto por el comité de salud pública como medida revolucionaria, indispensable en el actual estado de cosas. — CH. LEDROIT.»

«Voto por un comité de salud pública en razón á que si la Commune se ha hecho querer de todos los hombres de bien, no ha tomado aun las medidas indispensables para hacer temblar á los cobardes y á los traidores, y que, gracias á esa longanimidad intempestiva, el enemigo ha obtenido quizás ramificaciones en los ramos esenciales de nuestro gobierno. — BLANCHET DUPONT.»

«Voto por el comité de salud pública considerando que nuestra situación es más terrible aun que aquella en que se encontraron nuestros padres en 93, y que los que la atacan no ven claro. — E. OUDET.»

«Voto en pró con la esperanza de que el comité de salud pública será en 1871 lo que se cree generalmente, sin razón, que fué en 1793. — R. RIGAUT.»

«Aunque no veo la utilidad del comité, como no quiero prestarme á insinuaciones contrarias á mis opiniones revolucionarias socialistas, y reservando el derecho de insurrección contra el comité, voto en pró. — L. FRANCKEL.»

Los votos en contra se motivaron principalmente en que todos los títulos ó palabras pertenecientes á 89 y 93 no son de nuestra época, ni convienen á un movimiento socialista republicano.

Sin embargo, el Comité se nombró, como hemos dicho, y le forman los ciudadanos: A. Arnaud, Leo Meillet, Ranvier, Félix Pyat y Gerardin. Tal es por hoy el gobierno que la Commune ha dado á los parisienses.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

BERNARDO DEL CARPIO Y ABINDARRAEZ.

(Conclusion. — Véase el N° 955.)

Y á caballo y sin tardanza  
De cinco en cinco formados  
A la ley de morisca usanza  
Armados de fuerte lanza  
Bajaron veinte soldados.

Abindarraez, delante  
De todos ellos venia  
Deslumbrando su turbante  
Con tanto rico diamante  
Como prendido á él traia.

Era un almaizar listado  
Verde azul con dos lazadas  
De oro y plata recamado,  
Y de perlas salpicado  
Con seis plumas encarnadas.

La marlota que vestia  
De color blanco y pajizo  
Y arnés de su yegua pia  
Son honor de quien los hizo  
Que mas primor no cabia.

Lleva fulgente coraza  
Que en su extenso pecho estriba,  
Y un ramo de siempreviva  
Con el mote «valor priva»  
Sobre el escudo que abraza.

Luego que los dos se vieron  
Corteses se saludaron:  
A sus jinetes juntaron  
Y despues les advirtieron  
Que para mirar formaron.

Y en dos hileras partidos  
Mirándose frente á frente  
Sin batir, ni ser batidos  
Vencedores ó vencidos  
Van á ser incontinentes.

Entonces los dos guerreros  
La seña del toque dando  
Viéronse audaces girando  
Lugar á escape tomando  
Para arremeter mas fieros.

Y al ímpetu de sus brazos  
Inmóviles en sus sillas,  
El filo de sus cuchillas,  
Las lanzas hechas astillas  
Saltaron en cien pedazos.

Mas firme cual dura roca  
Entrámbos permanecieron  
Y nuevas lanzas pidieron,  
Que fué resistencia poca  
La que las otras tuvieron.

Pero esta vez receloso  
En su yegua confiado  
Quiso el moro entrar de lado  
Y huye, vuelve y anda ocioso  
Hasta hallarle descuidado.

Corre, salta, le amenaza  
Se retira, le acomete  
Y con tan siniestra traza  
Un instante le embaraza  
Y le rompe el coselete.

Pero el español burlado  
Que sintió aquella lanzada,  
Como vibora pisada,  
O cual toro ensangrentado,  
Se apresta á mayor entrada.

Y con ademan furioso  
La fuerte lanza aferrando,  
A su golpe impetuoso  
Cayó el bruto generoso  
De sangre un lago formando.

Abindarraez en tierra,  
Aunque está algun tanto herido,  
Como es antiguo en la guerra  
Este lance no le aterra  
Y está mas enfurecido.

Su corto alfange desnudo  
Cimbra su potente diestra,  
Y á pié firme en la palestra  
Despues de embrazar su escudo  
Aun fuego mayor demuestra.

Bernardo que es caballero  
Y mira la desventaja  
Del que sin corcel le ultraja,  
Del suyo veloz se baja  
Y empuña tambien su acero.

Como tigres que á la presa  
Se lanzan fieros rabiosos  
De sangre caliente ansiosos,  
Que á fuer de tan vigorosos  
Su cuerpo nada les pesa.

Asi los dos combatientes  
Impávidos y ligeros  
Se embisten fogosos, fieros  
Y dan temor á las gentes  
Que asombro son de guerreros.

Sobre el cuerpo y la cabeza  
Tales golpes descargaban  
Que los timbres de nobleza,  
Las galas de mas riqueza  
Rotas por el suelo estaban.

Cuando Bernardo impaciente  
Con lucha tan prolongada  
Del moro en la altiva frente  
Descargó con furia ardiente  
Una horrible cuchillada.

El almete á su pujanza  
En dos partes fué rompido,  
Y sin alfange ni lanza  
Perdida toda esperanza  
Cayó casi sin sentido.

En tan funesta agonía  
Un grito los suyos dieron  
Del duelo que los cubria,  
Y en vitores y alegría  
Los cristianos prorumpieron.

Abindarraez ufano  
A pesar de su honda herida,  
Mátame, dijo, cristiano,  
¿Para qué quiero una vida  
De que tú eres soberano?

Bernardo en aquel instante  
En él va á saciar su ira  
Cuando bella, tierna, amante,  
Solicita y palpitante  
A Zayda delante mira,

Que parándole el acero  
Exclama bañada en llanto,  
No manches, no, caballero  
El triunfo que lisongero  
Hoy te ha ennoblecido tanto.

A tu indómito valor  
Las llaves del Carpio entrego,  
No aumentes mas mi dolor,  
Y á la prenda de mi amor  
Que no maltrates te ruego.

Yo accedo, Zayda, gustoso,  
Dijo el cristiano, á tu afán,  
Goza al lado de tu esposo  
Del bálsamo cariñoso  
Que los esposos se dan.

Y hácia el castillo ganado  
Los españoles partieron,  
En él su pendon pusieron  
Y á Bernardo el esforzado  
El nombre del Carpio dieron.

FRANCISCO GONZALEZ ELIPE.

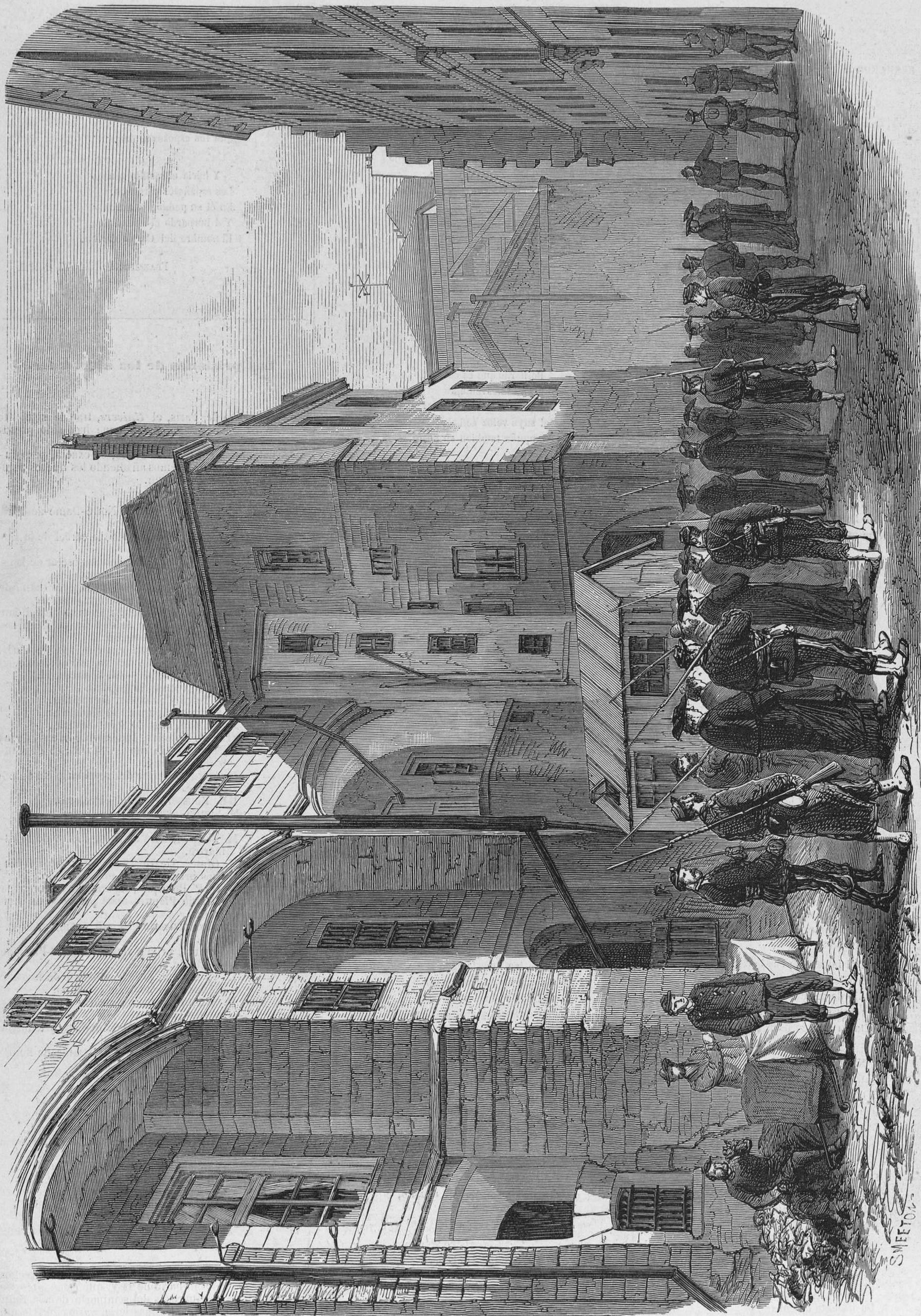
## Las prisiones de los sacerdotes.

Un periódico de Paris, el *Univers*, trae la siguiente lista de los sacerdotes y religiosos que han sido presos en Paris del 4° al 18 de abril de 1871.

La lista, añade el referido diario, es exacta, pero incompleta, por lo cual iremos añadiendo los nuevos nombres que se nos comuniquen.

- 4° de abril. M. Blondeau, cura de Notre-Dame-de-Plaisance.  
2 — M. Crozes, limosnero de la cárcel de la Roquette.  
3 — El R. P. Ducoudray, jesuita, rector de la escuela de Santa Genoveva.  
Los RR. PP. Clair, Chauveau, Tailhan, de Régnon, Biot, Guilhermy, jesuitas.  
Los RR. PP. dominicos presentes en el convento de la rue Saint-Jean-de-Beauvais, presos en su domicilio.  
4 — S. G. Mñor. Darboy, arzobispo de Paris. Mñor. Sura, gran vicario, archidiacono. — M. Lagarde, id. — M. Jourdan, id. M. Petit, secretario general. MM. Pelgé y Schapfer, secretarios.  
5 — M. Deguerry, cura de la Madeleine. M. Moléon, cura de Saint-Séverin. El R. P. Olivaint, superior de la casa de los jesuitas de la rue de Sévres; el P. Caubert, ecónomo.  
6 — M. Icard, superior del seminario de Saint-Sulpice. MM. Roussel y Hogan, directores. M. Simon, cura de Saint-Eustache. M. Regnault, vicario.  
7 — M. Bertaux, cura de Saint-Pierre de Montmartre. M. Olmer, vicario, y los otros vicarios hechos prisioneros en el presbiterio.  
8 — Le R. P. Bousquet, superior de la congregación de Picpus: once padres y un hermano.  
9 — M. Bayle, vicario general, promotor diocesano.  
10 — M. Miquel, primer vicario de Saint-Philippe-du-Roule.  
11 — Le F. Calixte, primer asistente de los hermanos de la doctrina cristiana. M. Sabathier, primer vicario de Notre-Dame-de-Lorette.  
13 — M. Lartigue, cura de Saint-Leu, y todos los vicarios de la parroquia. M. Bécourt, cura de Notre-Dame-de-Bonne-Nouvelle.  
14 — M. Millaut, cura de Saint-Roch. M. Chartrain, segundo vicario. M. Corrier, cura agregado.  
15 — Un vicario de Saint-Bernard-la-Chapelle.  
16 — M. de Geslain, cura de Saint-Médard. M. Rossignol, primer vicario, y otros varios vicarios. — M. Dumas, vicario de Saint-Vincent-de-Paul — M. Normand, id. — M. Caraux, id. — M. de Marcy, idem. — M. Orse, primer vicario de Notre-Dame-de-Plaisance. — Un vicario de Saint-Jacques-du-Haut-Pas.  
17 — M. Sire, profesor en el seminario de Saint-Sulpice.

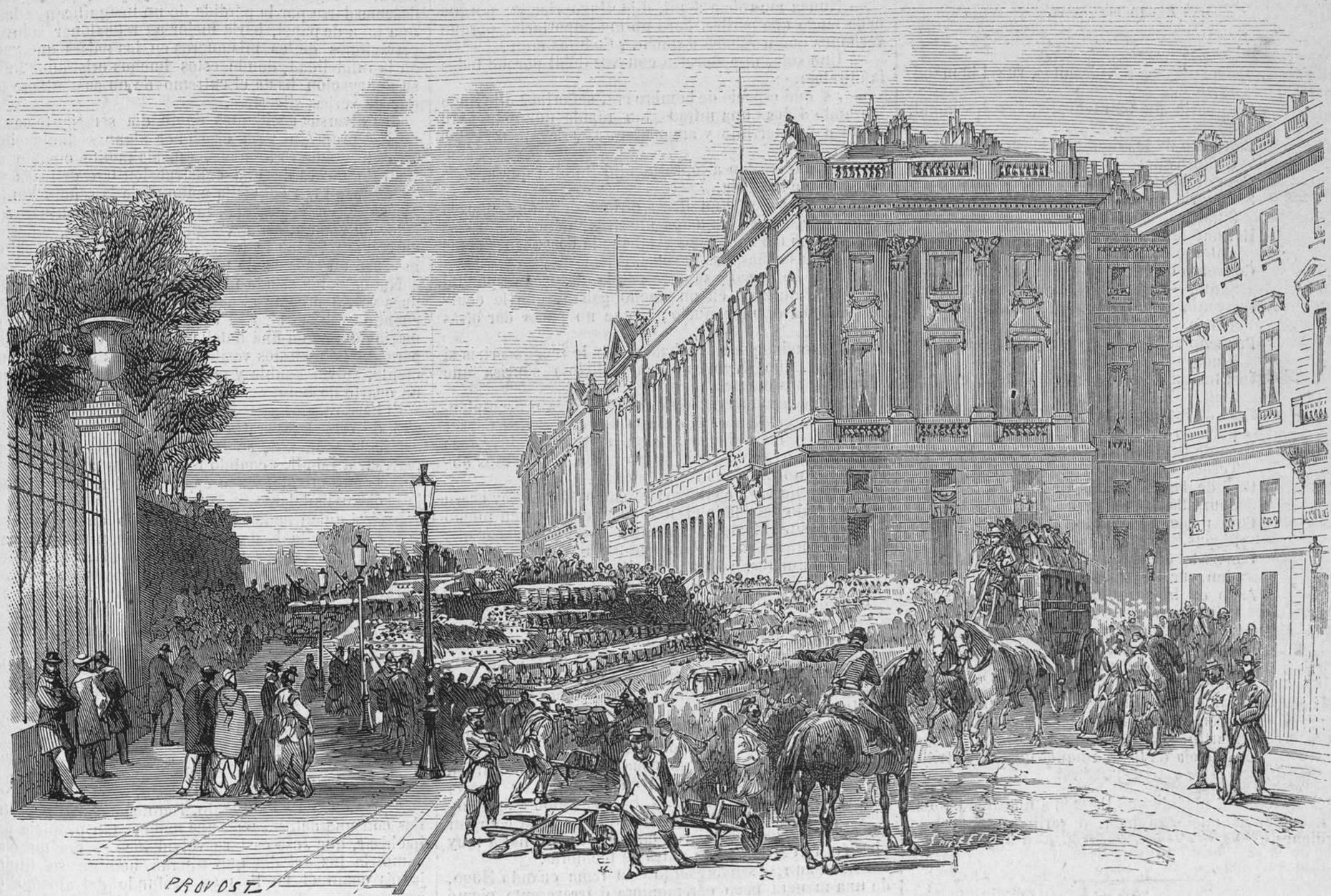
A esta lista hay que añadir los superiores, directores y profesores del seminario de Issy, que están presos en su casa, siete seminaristas del seminario de San Sulpicio que se hallan en la Conserjería, varios PP. jesuitas guardados en sus respectivas casas de Moulineaux y de



LA GUERRA CIVIL. — Prisiones de sacerdotes; su llegada al primer patio de la carcel de la Conserjeria.



LA GUERRA CIVIL. — Estado actual de la puerta Maillot bajo el fuego de las baterías de la orilla izquierda del Sena.



LA GUERRA CIVIL. — Estado actual de la barricada que cierra la calle de Rivoli en la esquina de la calle de San Florentin.

PROVOST

Vaugirard, y un crecido número de sacerdotes presos individualmente en la calle, lo que eleva á 200, cuando menos, el número de los sacerdotes y religiosos presos en el espacio de diez y siete días. Algunos de ellos han sido puestos en libertad; pero la mayor parte se encuentran en las cárceles de la Conserjería de Mazas y y de la Santé.

LISTA DE LAS IGLESIAS DE PARIS CERRADAS Á LOS FIELES, DEL  
4º AL 18 DE ABRIL DE 1871.

Saint-Genevieve (el Panteon).  
Notre-Dame.  
Saint-Leu.  
Saint-Laurent.  
Notre-Dame-de-Lorette.  
La Trinité.  
Saint-Philippe-du-Roule.  
Saint-Pierre de Montmartre.  
Saint-Martin.  
Saint-Jean-Saint-François.  
Saint-Éloi.  
Saint-Médard.  
Saint-Étienne-du-Mont.  
Saint-Jacques-du-Haut-Pas.  
Saint-Roch.  
L'Assomption.  
Saint-Bernard de la Chapelle.  
Saint-Ferdinand des Ternes.  
L'Annonciation de Passy.  
Saint-Pierre du Petit-Montrouge.  
Saint-Honoré.  
Notre-Dame de Plaisance.  
Notre-Dame-des-Blancs-Manteaux.  
Notre-Dame de Clignancourt.  
Saint-Vincent-de-Paul.

No se comprende en la lista á cierto número de capillas de casas religiosas cerradas igualmente.

En la mayor parte de estas iglesias y en sus dependencias se han hecho pesquisas, á cuya consecuencia se embargaron los vasos sagrados, los ornatos y los muebles, y los pusieron sellos.

LISTA DE LAS CASAS RELIGIOSAS Y CONVENTOS EN DONDE SE  
HAN HECHO PESQUISAS.

- 3 de abril. Colegio de los PP. jesuitas, rue Lhomond, 48.  
Seminario du Saint-Esprit, rue Lhomond, 30.  
Convento de los dominicos, rue Saint-Jean-de-Beauvais.  
5 — Casa de los PP. jesuitas, rue de Sévres, 90.  
6 — Seminario de Saint-Sulpice, place Saint-Sulpice.  
Hermanitas de los Pobres, faubourg Saint-Antoine.  
7 — Convento de los PP. capuchinos, rue de la Santé. — École Bossuet, aux Carmes.  
Convento de damas Agustinas, rue de la Santé.  
8 — Pequeño seminario de Issy, casa de la Solitude.  
10 — Institucion Léveque, rue du Buis, en Auteuil.  
11 — Casa de los hermanos de las Escuelas cristianas, rue Oudinot, 27.  
12 — Casa de las hermanas de la Caridad de las Ternes.  
Casa de las hermanas de la Caridad, faubourg Saint-Jacques.  
Casa principal de los PP. de Picpus, rue Picpus.  
Convento de damas Blancas de la Adoracion, rue Picpus.  
13 — Asilo de la parroquia Saint-Roch, passage Saint-Roch.  
Casa de las hermanas de la Caridad, rue Boutebrie.  
14 — Convento de damas del Sacré-Cœur, rue de Varennes.  
15 — Convento des Oiseaux, rue de Sévres.  
La escuela de los hermanos del carré Saint-Martin, rue Montgolfier.  
La escuela de los hermanos del XX distrito.

Publicaremos á medida que lleguen á nuestras manos los documentos que completan, ó verifiquen nuestras aserciones.

**Bernabé Rudge,**

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

Continuacion. — Véase el número 955.)

El viejo Juan estaba muy lejos de hallarse de acuerdo con su amigo sobre este punto, porque, además de que en tésis general no le gustaban los hombres aventureros, le ocurrió la idea de que si su hijo y heredero hubiese recibido alguna herida grave, esto habria tenido consecuencias sin duda alguna perjudiciales para su bolsillo y para los negocios de la posada. Por esta razon y tambien porque no miraba de buen ojo á las muchachas, pues las consideraba, así como al sexo femenino en masa, como una especie de defecto de la naturaleza, salió del despacho bajo un pretexto cualquiera y fué á menear su cabeza á solas delante del caldero de cobre.

Inspirado é incitado por este silencioso oráculo, hizo con el codo algunos signos clandestinos á José, á guisa de paternal reproche y suave amonestacion, como para decirle:

— ¿Quién te mete á tí en negocios ajenos?

Sin embargo, José tomó una linterna, la encendió y armándose de un sólido garrote, preguntó si Hugo estaba en la caballeriza.

— Está durmiendo en la cocina, caballerito, dijo con solemne tono el posadero. ¿Para qué le queréis?

— Para que me acompañe á buscar el brazaletes, respondió José. ¡Hugo! ¡Hugo!

Dorotea se puso pálida como la muerte y se sintió próxima á desmayarse.

Algunos momentos despues entró Hugo con paso vacilante, esperezándose y bostezando segun su costumbre, haciendo ver que acababa de despertarse de un profundo sueño.

— ¡Ven aquí, dormilon! dijo José dándole la linterna, lleva esto y llama al perro. ¡Desgraciado de ese hombre si le cogemos!

— ¿Qué hombre? preguntó Hugo frotándose los ojos.

— ¿Qué hombre? repuso José. Sabrias lo que sucede, perezoso, si vigilaras mejor. ¿Te parece que es bien hecho pasar el tiempo roncando en un rincon de la chimenea mientras las muchachas honradas no pueden ir solas al anochechar por estas cercanías sin ser atacadas por ladrones y verse expuestas á morir de miedo?

— Nunca me roban á mí, dijo Hugo riendo, porque nada tengo que perder. Pero no me importaria, porque veríamos quién robaba á quién. ¿Cuántos eran?

— Uno solo, dijo Dorotea con voz débil porque todos la miraban.

— ¿Y qué especie de hombre era, señorita? dijo Hugo lanzando á José una mirada tan rápida que solo para Dorotea fué terrible y amenazadora. ¿Era de mi estatura?

— No, no era tan alto, respondió Dorotea que apenas sabia lo que se decia.

— ¿Y su traje, dijo Hugo dirigiéndola una mirada penetrante, se parecia á los nuestros? Conozco á todas las personas del contorno, y tal vez le descubriria si me diérais unas señas mas exactas.

Dorotea balbuceó y se puso pálida; despues respondió que iba embozado en un ancho gaban, que le ocultaba el rostro un pañuelo, y que no podia dar otras señas.

— De modo que es probable que le reconocierais si le vierais, dijo Hugo con una maliciosa sonrisa que descubrió sus dientes.

— No le reconoceria, respondió Dorotea prorumpiendo otra vez en llanto. No deseo volver á verle; pensar en él me es insufrible, y ni siquiera puedo hablar mas de él. José, os suplico que no vayais á buscar esos objetos, que no vayais con este hombre.

— ¡Que no vaya conmigo! exclamó Hugo. ¿Soy acaso un espantajo para todo el mundo? Todos tienen miedo de mí, y sin embargo, señorita, habeis de saber que tengo el corazon mas tierno que hallarse pueda. Amo á todas las mujeres, señora, dijo Hugo volviéndose hácia la mujer del herrero.

La señora Varden manifestó que si era cierto lo que decia, debia morir de vergüenza, porque semejantes sentimientos eran mas propios de un musulman sumido en las tinieblas del error ó de un salvaje de las islas que de un celoso protestante. Segun la conclusion que dedujo del estado imperfecto de los principios morales de Hugo, emitió la opinion de que sin duda no habia estudiado nunca el Manual, y habiendo confesado Hugo que nunca lo habia leído por varias razones, de las cuales la primera era porque no sabia leer, la señora Varden declaró con mucha severidad que con mayor motivo debia morir de vergüenza, y le recomendó que ahorrase el dinero que gastaba en divertirse para comprar un ejemplar de este libro, cuyo contenido haria muy bien en aprender cuanto antes de memoria.

Estaba aun desinvolviendo este tema cuando Hugo, de una manera poco ceremoniosa é irreverente, siguió á José dejando el fin del sermón para los que se queda-

ban en el Maypole. Y la herrera continuó en efecto su arenga, y viendo que los ojos de Juan estaban fijos en ella con una apariencia de profunda atencion, le dirigió gradualmente la totalidad de su discurso, dándole una leccion moral y teológica de una longitud considerable, con la íntima conviccion de que obraba en él los efectos mas prodigiosos.

¿Quieres, lector, que te diga la verdad? Pues bien, aunque sus ojos estaban abiertos y veia ante él una mujer cuya cabeza, á fuerza de mirarla largo rato y fijamente, le pareció que poco á poco se hacia tan grande que muy pronto llenó todo el aposento, Juan Willet se durmió profundamente, y permaneció reclinado en el respaldo de la silla y con las manos en los bolsillos hasta que el regreso de su hijo le arrancó del sueño. Se le oyó respirar profundamente, porque le quedaba una vaga idea de haber soñado cerdo escabechado con legumbres, vision de sus sueños que era preciso atribuir sin duda alguna á la circunstancia de haber oido pronunciar varias veces á la señora Varden la palabra *gracia* con acento oratorio. Ahora bien, esta palabra, entrando en el cerebro de Willet mientras la puerta estaba entreabierta y uniéndose á las palabras *despues de la comida* que vagaban en torno suyo, le sugirió con el recuerdo de *gracias* la idea de este plato particular con la clase de legumbres que ordinariamente le acompañaba.

Nada habia descubierto José á pesar de haber registrado á lo largo del camino una docena de veces la yerba, la zanja y las matas de las márgenes.

Dorotea, inconsolable con su doble pérdida, escribió á Emma Haredale un billete en que daba las mismas explicaciones que habia dado ya en el Maypole, y José se encargó de entregar este billete en propias manos al dia siguiente muy temprano.

Despues de escrita la carta, todos se sentaron para tomar el té, acompañado de una prodigalidad poco comun de tostadas con manteca, y para que los viajeros no tuviesen debilidad por falta de alimento, y haciendo por decirlo así un buen alto á mitad del camino entre la comida y la cena, no se olvidaron algunas preciosas bagatelas, en forma de anchas tajadas de carne, asadas á punto y humeantes aun, que exhalaban un perfume delicioso.

La señora Varden, aunque buena protestante, no protestaba nunca contra una buena comida, á no ser que los manjares estuviesen poco cocidos ó quemados, ó que alguna causa cualquiera la pusiese de mal humor. El aspecto de aquellos excelentes preparativos excitó de tal modo su facundia que, aunque acababa de decir que las buenas obras no eran nada sin la fe, declaró con la mayor jovialidad que el jamon y el asado eran alguna cosa. Aun mas, bajo la influencia de estos saludables estimulantes reprendió vivamente á su hija por estar abatida y desanimada, lo cual consideraba ella como una disposicion de ánimo muy punible, é hizo observar mientras cogia con el tenedor otra tajada, que en vez de desconsolarse por la pérdida de un insignificante dígito y una hoja de papel, haria mejor en reflexionar sobre las privaciones de los misioneros en los paises que yacen en la infidelidad, donde estos buenos cristianos llevan su abnegacion hasta el extremo de no sustentarse mas que de verbas silvestres.

Los diversos accidentes de un dia semejante son los mas á propósito para ocasionar algunas fluctuaciones en el termómetro humano, especialmente cuando este instrumento es de una construccion tan delicada y de sensibilidad tan exquisita como el de la señora Varden. Así pues, en la comida, la herrera se mantuvo á un calor de verano, serena, risueña y deliciosa, y despues de comer, el vino le habia lanzado un rayo de sol que le causó un ascenso de media docena de grados.

Nunca habia estado mas amable, mas cariñosa. Despues volvió á bajar al calor de verano á la sombra, y cuando acabó el té, y el viejo Juan, sacando de su armario de encima una botella de cierto cordial, insistió para que bebiera dos vasitos á pequeños sorbos y lentamente, volvió á subir y marcó noventa grados durante un cuarto de hora.

El herrero, aleccionado por la experiencia, se aprovechó de esta temperatura para fumar, y merced á su conducta prudente, se hallaba dispuesto á partir para regresar á Lóndres cuando bajó el termómetro.

Por consiguiente, Hugo enganchó el caballo y condujo el carruaje delante de la puerta.

José, á quien nadie hubiera podido disuadir de servirles de escolta hasta que hubiesen pasado la parte mas solitaria y temible del camino, sacó al mismo tiempo la yegua de la caballeriza, y despues de ayudar á Dorotea á subir al carruaje, montó con agilidad y alegría.

Despues de dar las buenas noches repetidas veces á los viajeros, de recomendarles que se abrigasen, de alumbrarles para sentarse bien y taparse con sus chales, el carro se alejó del Maypole y José se colocó al lado de Dorotea tocando casi con la rueda.

XXII.

Era una noche hermosa y serena.

A pesar de su abatimiento, Dorotea miraba las estrellas con una actitud y de una manera tan propicia para hechizar, que José casi se volvió loco, y era tan claro como la luz del dia que ningun hombre se hundió jamás como él en lo mas profundo del abismo del amor.

El camino era excelente, sin desigualdades ni carri-

les, y sin embargo Dorotea se apoyaba con su blanca y diminuta mano en el borde del carruaje. Aunque hubiera estado allí un verdugo con el hacha levantada y dispuesto á cortar la cabeza si tocaba aquella mano, José no hubiera podido menos de hacerlo. Después de colocar su propia mano sobre la de Dorotea como por casualidad, y de haberla retirado al cabo de un minuto, siguió todo el camino con la mano puesta sobre la de Dorotea. Hubiérase dicho que la escolta tenía esta consigna como parte importante de su servicio y que no había salido del Maypole para otra cosa. El incidente más curioso de este episodio es que Dorotea hacía ver que no lo advertía, y parecía tan llena de inocencia y santo candor cuando volvía hacia él sus lánguidos ojos, que había para trastornar el juicio al más prudente.

Habló sin embargo, habló de su terror, de la llegada de José en su auxilio, y de su gratitud, de su temor de no haberle dado las gracias como se merecía, y de la esperanza de que en adelante vivirían como dos buenos amigos. Y cuando José le manifestó por el contrario el recelo de que no vivirían como dos buenos amigos, Dorotea se quedó muy sorprendida y le dijo que al menos no serían siempre enemigos. Por último, cuando José le preguntó si no podrían ser otra cosa mejor que amigos ó enemigos, Dorotea descubrió de pronto una estrella más brillante que todas las demás, y llamó sobre ella la atención del joven con un aire de candor que desconcertaría al hombre más atrevido.

De este modo continuaron su viaje hablando en voz muy baja y deseando que el camino fuese diez veces más largo de lo que era. Así al menos lo deseaba José cuando en el momento de salir del bosque y de llegar á la parte más frecuentada del camino, oyeron los pasos de un caballo que se acercaba al trote.

Este rumor se oía más distintamente á medida que se aproximaba y arrancó á la señora Varden un grito penetrante al cual respondió esta exclamación: « ¡ Soy un amigo! » lanzada por el jinete que llegó casi sin aliento y paró el caballo junto al carro.

— ¡ Este hombre otra vez! dijo Dorotea estremeciéndose.

— ¿ Qué recado traes, Hugo? le preguntó José.

— Me envían para que te acompañe á la vuelta, respondió lanzando una mirada secreta á la hija del herrero.

— ¿ Te envía mi padre?

— Sí.

José pronunció en voz baja estas palabras de despecho:

— ¿ Se figura acaso que soy un niño?

— Dice tu padre que de algún tiempo á esta parte no son muy seguros los caminos, y que es preferible que á estas horas no vuelvas solo.

— En tal caso, sigue adelante, dijo José, porque no vuelvo aun.

Hugo obedeció y se continuó el viaje.

Por capricho ó por gusto se colocó delante del carro, pero tocando casi con el caballo que lo tiraba, y volvía sin cesar la cabeza para mirar atrás. Dorotea advirtió que la miraba, pero bajó los ojos, y era tal el terror que le inspiraba, que ni una sola vez se atrevió á levantarlos.

Esta interrupción, despertando á la señora Varden que había dormido hasta entonces con la cabeza inclinada, menos durante un minuto ó dos alguna que otra vez, cuando volvía en sí para reñir al herrero que se permitía sostenerla para que no se cayese de bruces, puso obstáculos á la conversación y fué muy difícil reanudarla.

En efecto, antes de haber andado otra milla, Gabriel paró al caballo según el deseo de su esposa, y esta buena señora declaró terminantemente que José no les acompañaría un paso más bajo ningún pretexto. En vano José protestó que no estaba cansado, que se despediría muy pronto y que únicamente quería verles llegar sanos y salvos hasta tal ó cual punto; la señora Varden se obstinó, y cuando ella se obstinaba, no había poder en el mundo suficiente para sacarla de sus trece.

— ¡ Buenas noches, pues! dijo José con tristeza.

— Buenas noches, dijo Dorotea; y hubiera añadido que se guardase de aquel hombre, que no se fiase de él, pero Hugo había retrocedido y estaba muy cerca de ellos. Así pues, no pudo hacer más que permitir que José le estrechase la mano, y cuando el carro estuvo á alguna distancia, mirar hacia atrás y agitar su mano en tanto que José permanecía parado en el sitio de la separación al lado del siniestro Hugo.

— ¿ En qué pensaba Dorotea cuando volvió á su casa? ¿ El cochero ocupaba en sus meditaciones un lugar tan preferente como por la mañana? Se ignora. Llegaron por fin á Londres porque el camino era largo y no lo acortaron las rarezas y amenidades del carácter de la señora Varden.

Miggs oyó el rumor del carruaje, y salió á la puerta exclamando:

— ¡ Ya están aquí, Simon, ya están aquí!

Y corrió hacia el carruaje para ayudar á bajar á su señora.

— Traed una silla, Simon. ¿ Os habeis divertido, señora? ¿ No os habeis cansado? Estoy segura de que dormireis con más gusto que si os hubierais quedado en casa. ¡ Cielos! ¡ qué frías teneis las manos! ¡ Misericordia divina! ¡ parecen dos pedazos de hielo!

— Bien, bien, dijo el herrero; deja las exclamaciones y llévala adonde se caliente.

— Podrá decir el amo lo que quiera, señora, dijo Miggs con acento compasivo, pero en el fondo estoy

cierta de que no es tan insensible como parece. Después de lo que he visto hoy, creeré siempre que tiene sentimientos más afectuosos en el corazón que en los labios. Entrad, venid á sentaros cerca del fuego.

La señora Varden aprobó el consejo y entró. El herrero la siguió con las manos en los bolsillos, y Tappertit llevó el carruaje á una cochera vecina.

— Querida Marta, dijo el herrero cuando llegaron al comedor, si te ocupases de Dorotea ó dejases á los demás que se ocupasen de ella, tal vez este tierno cuidado sería más razonable. La pobrecilla tiene miedo y no está muy buena esta noche.

En efecto, Dorotea se había recostado en el sofá sin acordarse de los alegres pensamientos que por la mañana le habían dado tanto orgullo, y lloraba amargamente con la cara apoyada en sus manos.

Al ver este fenómeno, porque las manifestaciones de este género no eran una costumbre en Dorotea que aprendía con el ejemplo de su madre á evitarlas siempre que le era posible, la señora Varden dijo que no había en el mundo una mujer más desgraciada que ella, que su vida era una escena continua de pruebas, que cuando se sentía dispuesta por casualidad á estar un poco alegre, en seguida su familia parecía que se empeñaba en darla disgustos, y que iba á pagar muy caro lo que se había divertido aquel día.

Miggs aprobó con inclinaciones de cabeza estas lamentaciones, pero la pobre Dorotea, en vez de consolarse, lloró más amargamente.

Viendo pues la señora Varden que su hija estaba realmente enferma, con auxilio de Miggs, que también sentía la más viva compasión, se puso á cuidarla formalmente.

Pero aun entonces tomó su bondad la forma habitual de su carácter, y aunque Dorotea se había desmayado, era evidente para la inteligencia más obtusa que la señora Varden era la que más padecía. Así pues, cuando Dorotea principió á sentirse más aliviada y pasó á ese período en que las matronas creen que se pueden aplicar con buen éxito las reflexiones y los consuelos, su madre le manifestó con los ojos bañados en lágrimas que si había tenido disgustos y tribulaciones aquel día, debía recordar que era el lote común de la humanidad, y especialmente el de las mujeres, que durante todo el curso de su vida no debían esperar otra cosa, y que lo mejor que podían hacer era sobrellevar las penas con dulzura y resignación. La señora Varden le suplicó además que recordase que el día menos pensado, según todas las probabilidades, tendría que hacer violencia á sus sentimientos para tomar marido, y que el matrimonio, como podría verlo todos los días de su vida, (demasiado que lo veía) era un estado que exigía gran valor y mucha paciencia. Le expuso con vivos colores que si ella, al cruzar por este valle de lágrimas, no se hubiera apoyado en sólidos principios de deber, que eran los únicos que sostenían sus pies y le impedían sucumbir de fatiga, estaría enterrada ya haría muchos años, y en tal caso ¿ qué hubiera sido de esa alma en pena (aludía al herrero) que solo podía ver por sus ojos, que tanto necesitaba de ella, su estrella y su fanal, para guiar sus pasos en las tinieblas de la vida?

Miggs echó también su cucharada cuando la herrera terminó su perorata.

— En verdad, en verdad lo digo; la señorita Dorotea podría tomar ejemplo de su digna madre, porque he dicho y lo diré siempre, aunque un momento después tuviesen que ahorcarme ó descuartizarme, que es la mujer más amable, más cariñosa, más elemento y más capaz de sobrellevar todas las penas.

Miggs añadió que el simple relato de sus perfecciones había obrado un cambio completo en el alma de su propia cuñada; que ella y su marido, que vivían antes como el perro y el gato y tenían costumbre de arrojarle á la cabeza candeleros de cobre, tapaderas de olla, planchas, tenazas y todas las señales más pesadas de su resentimiento, eran en la actualidad la pareja más feliz y cariñosa que existe en el mundo, como podían verlo todos los días pasando á la plaza del León de Oro, número 27, segunda campanilla subiendo á mano derecha. Haciendo después una alusión á sí propia, como á un vaso de elección indigno de ser mencionado, pero que no dejaba de tener su mérito, la suplicó que reflexionase que su madre única querida, de una constitución débil y una naturaleza excitable, había tenido que sobrellevar constantemente en la vida doméstica aflicciones en comparación de las cuales no eran nada ladrones ni asesinos, y que sin embargo nunca había cedido al desaliento, á la desesperación ni á la cólera furiosa, sino que, como se dice en el pugilato, había alcanzado siempre el premio con fisonomía alegre y serena.

Cuando Miggs terminó su solo, la herrera repitió su parte, y las dos á un tiempo, dándose el *la*, ejecutaron un dúo cuyo alegre era el siguiente: La señora Varden era la virtud completa pero perseguida, y su esposo, que representaba el sexo masculino en aquel aposento, un hombre enteramente insensible á las bendiciones conyugales que disfrutaba.

Finalmente, bajo la máscara de la simpatía, desplegaron contra él una táctica tan hábil y refinada, que cuando Dorotea, vuelta en sí de su desmayo, abrazó á su padre con ternura como para hacer patente su bondad, la señora Varden expresó la solemne esperanza de que esto le serviría de lección para el resto de su vida, y que en adelante haría más justicia al mérito de las mujeres, de cuyo deseo manifestó participar completamente Miggs con suspiros y accesos de tos alternativos más elocuentes que el más largo discurso.

Pero el placer mayor para Miggs consistió en que no tan solo recogió todos los detalles de lo que había sucedido, sino que tuvo la suprema delicia de comunicárselos á Tappertit para mortificar sus celos, porque este caballero, en vista de la indisposición de Dorotea, había cenado en la tienda siendo servido por las bellas manos de la señorita Miggs en persona.

— ¡ Qué cosas tan extraordinarias han sucedido hoy, Simon! dijo la solterona. ¡ Cielos!... ¡ qué cosas!

Tappertit, que no estaba de buen humor y á quien disgustaba Miggs, especialmente cuando se ponía las manos sobre el corazón palpitante porque nunca era más aparente la falta de contorno de su cintura, la lanzó una mirada de expresión soberbia y no se dignó manifestar la menor curiosidad.

— Nunca se había visto cosa semejante, nunca, Simon, continuó Miggs. ¡ Ocuparse de ella! ¡ Qué ocurrencia! ¡ Poner sus ojos en ella perdiendo el tiempo en balde! Es chistoso... sí, muy chistoso.

Viendo que se trataba de una mujer, Tappertit invitó de una manera altiva á Miggs á que fuese más explícita y á que la dijese qué es lo que entendía por *ella*.

— ¿ Ella? Pues ¿ quién ha de ser? Dorotea, dijo Miggs dando á este nombre un acento oratorio de los más agudos; pero confieso que José Willet es un buen muchacho, y que la merece... ¡ Oh! eso sí... no puede negarse.

— ¡ Mujer! dijo Simon saltando del mostrador donde estaba sentado; ¡ cuidado! ¡ cuidado!

— ¡ Cielos, Simon! exclamó Miggs con fingido asombro. ¡ Qué susto me habeis dado! ¿ Qué sucede?

— Sucede que hay cuerdas en el corazón humano, dijo Tappertit blandiendo el cuchillo que le servía para cortar el pan y el queso, que vale más no hacer vibrar; esto es lo que sucede.

— Veo que estais de mal humor y os dejaré solo, dijo Miggs volviéndole la espalda como para alejarse.

— De mal humor ó alegre, dijo Tappertit deteniéndola por el brazo, ¿ qué quereis decir con eso, Jezabel? ¿ Qué ibais á decir? Responded.

A pesar de esta incivil exhortación, Miggs accedió gustosa á lo que se le exigía, y contó como Dorotea, estando sola en los prados después de anocheado, había sido acometida por tres ó cuatro hombres formidables que la hubieran robado y tal vez asesinado, si José Willet no hubiese llegado á tiempo para vencerlos y ahuyentarlos y no la hubiese libertado, cuya heroica acción le hacía objeto de la perpetua admiración de sus semejantes en general y del eterno amor de la agradecida Dorotea Varden.

— Muy bien, dijo Tappertit respirando con fuerza y crispándose con ambas manos los cabellos hasta que su cabeza se convirtió en un enorme rizo; sus días están contados.

— ¿ Qué decís, Simon?

— Os lo repito, dijo el aprendiz, sus días están contados. Podeis retiraros; dejadme.

Miggs obedeció, menos tal vez por docilidad que por la necesidad de ir á soltar la risa á sus anchas.

Cuando se cansó de reír, se enjugó las lágrimas, tomó un aspecto compungido y volvió al comedor donde el herrero, estimulado por la dicha que le inspiraba Tobías, estaba de vena para hablar y parecía dispuesto á recordar con tono jovial los incidentes de aquel día. Pero la señora Varden, cuya religión práctica, cosa bastante común, tenía el orden retrospectivo, interrumpió su facundia declamando contra los pecados que ocasionasen los placeres y sosteniendo que era hora de irse á acostar. Se fué, pues, á dormir con una fisonomía tan severa y sombría como la de la cama del salón del Maypole, y el resto de la familia se acostó también siguiendo el ejemplo de la herrera.

## XXIII.

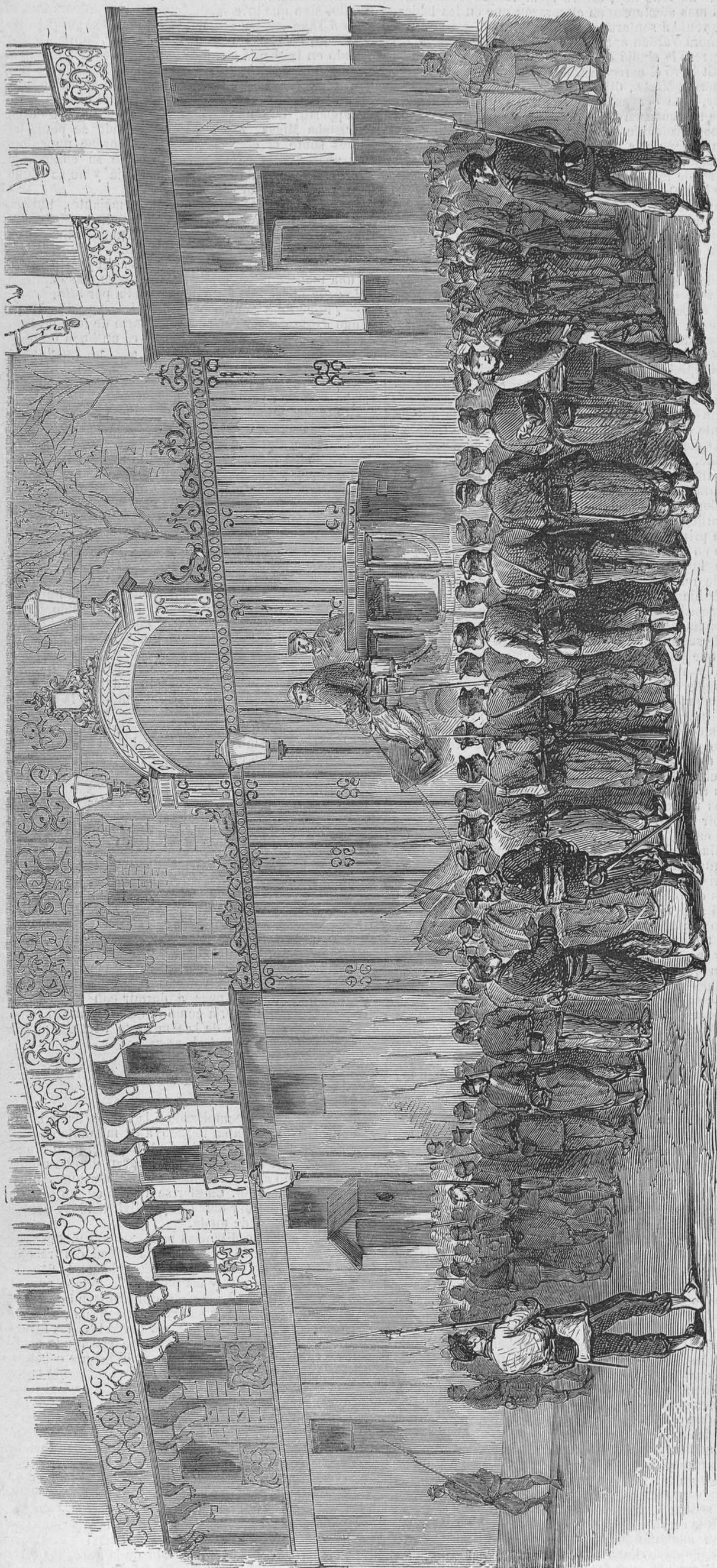
La aurora había reemplazado á la noche hacia algunas horas, y el sol había llegado á la mitad de su carrera en aquellos barrios de la ciudad que el gran mundo consiente en habitar, porque el gran mundo estaba entonces como ahora circunscrito á dimensiones muy limitadas, cuando M. Chester se tendió en un sofá en su gabinete de tocador del Temple divirtiéndose con la lectura de un libro de moda.

Se vestía por intermitencias para causarse menos cansancio, y como había hecho ya la mitad del trabajo, estaba tomando un largo reposo. Completamente vestido en cuanto á los pies y las piernas, le faltaba aun el cuerpo y la cabeza. La casaca estaba extendida como un elegante espantajo en su colgador especial, el chaleco ostentaba á su lado sus ricos bordados, los diversos artículos de su traje se hallaban ya esperando cepillados y lustrosos, y sin embargo, el indolente caballero permanecía sentado, con las piernas colgando entre el sofá y el pavimento y con los ojos fijos en el libro con tanta atención como si todos aquellos hermosos objetos no le dieran siquiera la tentación de levantarse.

— Por vida mía, dijo alzando por fin sus ojos al techo con el aspecto de un hombre que reflexiona sobre lo que acaba de leer, por vida mía que esta obra es excelente. ¡ Qué pensamientos tan distinguidos! ¡ qué código de moral tan perfecto! ¡ Ah! Eduardo, Eduardo, si quisieras formar tu alma con tales preceptos, ¡ qué fácilmente nos pondríamos de acuerdo sobre todas las cuestiones que entre nosotros se suscitasen!

Este apóstrofe, así como el resto de la frase, iba dirigida al vacío, porque Eduardo no estaba presente.

— Milord Chesterfield, dijo apoyando suavemente su



LA GUERRA CIVIL. — Medidas exteriores que se toman para hacer prisiones y pesquisas.

mano sobre el libro, cuando lo dejó, si hubiera podido aprovecharme de tu genio con tiempo para formar á mi hijo segun el modelo que habeis dejado á todos los padres prudentes, uno y otro seriamos ricos ahora. Shakspeare era indudablemente muy distinguido en su género, Milton tiene cosas buenas aunque es prosaico, y lord Bacon es un filósofo profundo, pero el escritor que mas honrará á nuestro país es milord Chesterfield.

Permaneció un rato pensativo, sacó el limpia-dientes de oro y continuó:

— Me creía un hombre de mundo, me lisonjeaba de estar versado en todas las gracias y en todo el arte que distingue á las personas elevadas de los rústicos y separa su carácter de esos sentimientos horriblemente vulgares que llaman el carácter nacional, y sin embargo, en cada página de este libro eminente encuentro alguna seductora hipocresía que ignoraba, algun principio superior de egoismo que ni siquiera habia sospechado. Me ruborizaria de mí propio ante este prodigioso escritor si sus mismos principios no nos enseñaran á no ruborizarnos de nada. ¡Qué hombre tan portentoso! Qué noble tan verdadero! Un rey ó una reina pueden hacer un lord, pero únicamente el diablo y las Gracias pueden hacer un Chesterfield.

Los hombres que están amasados con falsedad y perfidia raras veces tratan de disimular sus vicios, y no obstante, al confesárselos á sí propios, aspiran á las virtudes que afectan despreciar mas, «porque, segun ellos dicen, es decoroso confesar la verdad; todos los hombres son como nosotros, con la única diferencia de que no quieren concederla.» Cuanto mas afectan negar tales hipócritas que la sinceridad existe en la tierra, con tanta mas razon quisieran que se creyese que la poseen bajo la forma mas atrevida, y de este modo rinden á su pesar estos filósofos un homenaje que levantará contra ellos á los burlones en el dia del juicio.

M. Chester, despues de exaltar á su autor favorito con este arranque de entusiasmo, volvió á tomar el libro en el exceso de su admiracion, y se disponia á continuar la lectura de tan sublime moral cuando le interrumpió un rumor extraño en la puerta exterior; le parecia que su criado cerraba el paso á algun visitador importuno.

— Es tarde para un acreedor impaciente, dijo alzando las cejas con una expresion de asombro tan indolente como si el ruido procediera de la calle y en nada le concerniese; es mucho mas tarde de lo que acostumbra á venir esas gentes. Supongo que será el pretexto de ordenanza; sin duda algun plazo importante que vence mañana. Pobre hombre, pierde el tiempo, y el tiempo es dinero, como dice el proverbio, aunque eso no reza conmigo. Bien, ¿qué hay? Ya sabeis que no estoy en casa.

(Se continuará.)

### Prisiones, pesquisas y embargos.

El 21 de abril un comisario de policía con seis compañías del 208 batallon de la guardia nacional, se presentó en el establecimiento de la compañía parisiense del gas con poderes de la Commune, bajo pretexto de buscar armas que se suponian escondidas, y la pesquisa concluyó con el embargo de una cantidad de cerca de 200,000 francos que se halló en caja.

Así se anunció el hecho y era exacto; pero la compañía ha enviado una nota á los periódicos diciendo que por las reclamaciones de su director, se ha visto que ha habido error y se ha restituido el dinero embargado.

Hé aquí cómo pasaron las cosas:

Cuando la compañía del gas se encontró despojada de los 180,000 francos que sacaron de su caja, operacion que el periódico el *Temps* calificó de robo á mano armada, crimen que castigan los artículos 381 y 385 del código penal, el director envió una reclamacion á los miembros de la Commune.

Este nuevo modo de obrar encolerizó á varios miembros de aquella asamblea y M. Beslay particularmente, insistió con todas sus fuerzas para hacer comprender cuánto se envilecian con tales medidas.

Ya aquel mismo dia se envió un despacho al director de la compañía del gas para decirle que la suma embargada le seria restituida inmediatamente.

Con efecto, aquella misma tarde se devolvieron los 187,000 francos.

A propósito de este hecho dice el *Journal Officiel* del 24 de abril:

«No ha habido allí, como no hay en ninguna otra parte, ni ataque á una propiedad privada, ni arbitrariedad por parte de los agentes de la Commune, y si solo un exceso de celo de los guardias nacionales, enviados para recoger los fusiles que sirvieron á un batallon especial disuelto actualmente. En cuanto el delegado de hacienda supo que habian embargado una cantidad de 183,210 francos, 32 cénts., se apresuró, de acuerdo con su colega de la seguridad general, á devolverla al director de la compañía.

» Si hubiese sido un acto de arbitrariedad por parte de un agente de la Commune, el que lo hubiese cometido habria sufrido una destitucion inmediata y se le habria formado causa; y así se castigarán todos los hechos de tal naturaleza.»

H. C.



Prisioneros franceses en Francfort.

## El alquimista del siglo XIX.

(Conclusion. — Véase el N.º 955.)

— Pero examinadlos, dijo Robert impaciente, un niño que no supiera el valor de las piedras, conocería que estos son diamantes. El color, el peso, las luces, la transparencia, todo os manifiesta que son diamantes, miradlos bien, examinadlos por piedad.

— Ya os he dicho, respondió incómodo el platero, que esas son piedras del Rhin, y todo lo que os puedo dar por ellas son tres francos.

— ¡Qué necio y qué orgulloso! decía Robert, atravesando otra vez la calle; ¡sacrifica su interés por el necio amor propio! Imposible parece que sea tan difícil el hacer aceptar á algunos hombres las riquezas cuando tantos las desean.

Por tercera vez entró de nuevo en casa de otro platero menos díscolo que los anteriores, porque se puso á examinar las piedras con bastante atención, manifestando que conocía el mucho valor de ellas. Pero desgraciadamente para el pobre Robert, concibió sospechas acerca de la legítima posesión de aquellas, por lo que le preguntó con desconfianza:

— ¿A dónde habeis adquirido estos diamantes?

Esta pregunta llenó de alegría á Robert, que exclamó alborozado:

— ¡Con que realmente son diamantes! ¡gracias á Dios que he hallado un hombre inteligente y confiado!... Pues sabed, caballero, que yo los he fabricado: veinte años hace que estoy trabajando para hallar el secreto, y por fin anoche lo he conseguido: sí, al romper el crisol los he encontrado; ¿no os parecen de mucho valor?

El platero le escuchaba lleno de admiración, guardando un profundo silencio por algún tiempo, hasta que al fin resueltamente dijo:

— Voy á hablaros con franqueza, ó estais loco ó sois un ladrón; porque es imposible fabricar diamantes, y si acaso habeis soñado que estos son de vuestra fábrica no quiero entablar ningún contrato con un hombre capaz de creer semejante desatino: yo soy muy honrado y no quiero valerme de vuestra demencia, y si los habeis robado, como debe suponerse al ver la ninguna idea que teneis de su valor, tampoco quiero aprovecharme de esta ventaja, porque no me gustan cuentas con la policía. He dicho: podeis marcharos á otra parte á venderlos, y agradeceidme el que no os retenga los diamantes hasta que parezca el legítimo dueño. Pero daros prisa antes que varíe de modo de pensar.

Robert coincidía con el platero respecto á la policía, porque tampoco le gustaba mucho tener que habérselas con tal señora, por cuya razón aprovechó el permiso del platero, tomó sus diamantes y salió súbitamente.

— Hé aquí las ventajas que proporcionan los grandes descubrimientos, decía Robert lleno de furor encaminándose á su mezquina habitación: para con los unos pasa uno por un loco, para con los otros por un ignorante ó por un malvado. Pero no importa, continuó animándose y mirando con desprecio la multitud indiferente que pasaba, tarde ó temprano tendrán que hacerme justicia. Sí, me presentaré á la academia de ciencias y artes, manifestaré el sublime secreto que he descubierto, y á pesar suyo tendrán que reconocer la verdad: y entonces mi nombre será tan célebre como el de otros hombres que han descollado por sus talentos; entonces los honores, las riquezas...

Entregado á estas reflexiones se le hizo muy corta la travesía y se encontró delante de su casa, que entonces le pareció mas negra, mas asquerosa y mas pobre que de costumbre. Apenas habia entrado en su habitación cuando Fani se arrojó en sus brazos pálida y extenuada de debilidad.

— ¿Habeis adelantado algo, padre mio?

— Hija mia, le contestó el anciano turbado por la pregunta, hasta ahora no he podido conseguir que me compren mis diamantes, pero esta noche ó mañana...

Fani no contestó una palabra y acompañó á su padre por el largo y oscuro corredor; cuando llegaron al laboratorio encendió un poco de fuego para que su padre se calentase, y mientras se ocupaba en proporcionarle este alivio, Robert la consolaba con grandes esperanzas pintándole un porvenir dichoso; luego que se hubo calentado, dijo con la mayor dulzura á su hija:

— Ya va á oscurecer y todavía no he tomado nada: hija mia, estóy muy cansado; ¿tienes alguna cosa que darne de comer?

— Padre mio, le dijo llorando y con voz cortada: ya sabeis que ayer gasté todo el dinero que me quedaba en comprar carbon para vuestros experimentos. La señora para quien trabajo me ha adelantado ya mas de lo que puedo ganar en un mes, y esta mañana el tendero y la frutera se han negado ya á darme nada fiado...

— ¡Y tú, Fani, hija mia, no has almorzado aun! la interrumpió Robert con un acento de desesperación, ¡por eso estás tan pálida, Fani! ¿te sientes indispueta?

— No, padre mio, estoy bien, le contestó esforzándose para sonreírse, pero las fuerzas le faltaron y cayó medio desmayada en los brazos del alquimista.

— ¡Dios mio! exclamó Robert; qué haré, poseo una fortuna inmensa, soy mas rico que todos los potentados

de la tierra, ¡y sin embargo mi hija va á espirar de necesidad!

En este estado la llevó á su cama dándole despues un poco de vino que habia quedado del día anterior y que Fani no habia querido tomar por guardárselo á su padre, lo que la reanimó un poco. Así que Robert la vió un poco mas aliviada, pero en un estado soñoliento que produce la extremada debilidad, se salió de su casa para ir á buscar algun socorro.

## III.

El sol se habia puesto ya: y una densa niebla que se extendía por aquellas sombrías calles, impedía que se pudiese transitar sin la ayuda de los reverberos que empezaban á encender. Robert solo, abatido, desesperado, impelido por la necesidad que sentía, y por la de su hija querida, iba con la cabeza llena de mil ideas opuestas, y no sabía á dónde dirigir sus inciertos pasos; se le ocurrió ir á ver á Chauvin para que le diese la limosna que le habia ofrecido, ó al otro platero que le daba cinco francos por sus diamantes, pero estaba muy lejos de la casa de estos, y temía separarse de su hija por las pocas fuerzas con que se encontraba para tan larga travesía. No le quedaba ya otro recurso que vender los diamantes á cualquier precio, y esto no debía importarle mucho por la convicción que tenia de que al día siguiente podía fabricar otros de mas valor. No sabiendo qué hacer en medio de aquel caos de tormentos, tomó el partido mas original y mas insensato que pudiera ocurrírsele, como fué el de irse de puerta en puerta suplicando que le comprasen los diamantes; al verlo con aquella facha tan esrafalaria, los unos se le reían, y los otros le despedían groseramente.

Exasperado Roberto por tantos ultrajes empezó á correr como un loco y se dirigía á todos los que pasaban:

— ¿Veis estos diamantes? pues la miseria me obliga á venderlos: observadlos, son legítimos, todavía están sin pulir; pero luego tendrán un brillo extraordinario. Valen mas de mil escudos y yo los doy por cien francos, no os admireis de que los venda por tan poco dinero, porque á no hacerlo así mi hija y yo vamos á perecer de necesidad.

Los que pasaban no solamente no le escuchaban, sino que se alejaban con rapidez sin dignarse dirigir una mirada de compasión al pobre anciano que imploraba la compasión de sus semejantes. En esta especie de peregrinación llegó hasta una plaza en donde lo singular de sus proposiciones llamó la atención de la multitud, á la que le enseñaba sus piedras, disminuyendo progresivamente el precio de ellas con el objeto de animar á alguno á que se las comprase.

— Mirad, decía á los que le rodeaban, mirad á lo que me obliga la miseria; por diez francos los daré; el que los compre adquiere dos alhajas de mucho valor, y por muy poco dinero, haciendo á un mismo tiempo una obra de caridad, porque entonces podré socorrer á mi hija y socorrerme yo tambien.

Injurias, sarcasmos y risotadas fueron las contestaciones que recibió. Unos decían es un loco, otros exclamaban es un truan, y todos le confirmaban con epítetos humillantes que apuraron el sufrimiento del alquimista y exclamó:

— Pues ya que nadie quiere comprar mis diamantes, al menos á ver si hay alguno que se compadezca de mi situación y me dé una limosna para llevarle algo á mi hija y evitar su muerte; señores, tened piedad de mi hija y de mí.

Apenas habia concluido estas palabras cuando tres gendarmes se abrieron paso por entre la multitud y se apoderaron brutalmente del pobre Robert, llevándosele preso por mandigo, vagabundo y quizá por ladrón; Robert pronunció entonces una horrorosa maldición contra la humanidad entera, y se dejó arrastrar; los gendarmes lo condujeron al cuerpo de guardia mas próximo, en donde pasó la noche metido en un asqueroso calabozo con dos malhechores que habian cogido aquella misma noche robando.

## IV.

Al día siguiente apenas apuntaba el alba cuando se abrió la puerta del calabozo y varias personas entraron precipitadamente.

— Padre mio, padre mio, exclamó una voz muy conocida del anciano, quien al verla se levantó lentamente del lecho de paja en que yacía postrado, diciendo con voz moribunda:

— ¿Eres tú, Fani? ¿vienes por la última vez á ver á tu desgraciado padre? ¡Ah hija mia, dime quién te ha salvado!

— ¡Padre mio! ¿por qué me dejásteis ayer noche? A los pocos minutos de haberos marchado entró Federico, y toda la noche la hemos pasado en busca vuestra...

— Ya estais en libertad, dijo un jóven que entró en aquel momento y le apretó la mano con afecto.

— Todavía no, contestó un esbirro que estaba presente, sabed que le han encontrado á este desgraciado dos diamantes sin pulimentar, cuya posesión no ha sabido explicar, y por lo tanto es preciso averiguar...

— La explicación es muy sencilla, dijo Federico: mi tío es pobre pero muy delicado para aceptar ningún socorro de su familia, y convencido de ello me he introducido en su casa y he puesto dentro de uno de sus crisoles esos dos diamantes que decís, para que creyese

que eran el resultado de sus combinaciones químicas, evitando de este modo la humillación que sentiría al recibir un socorro que tanto necesitaba...

Un grito horroroso que lanzó el anciano Robert interrumpió la explicación, dirigiéndole la palabra en estos términos:

— Federico, me has dado el golpe mas terrible que puede imaginarse. Yo tenia la esperanza al morir, de vengarme de esa ingrata sociedad, llevando conmigo al sepulcro un secreto tan importante; ¿por qué has destruido mi ilusión?

Y al acabar estas palabras cayó sin movimiento el alquimista para no volverse á levantar jamás.

Algunos meses despues de esta escena Federico se casó con Fani, y todavía no se ha encontrado el medio de fabricar diamantes.

N. DE P.

## La conquista de Mallorca.

## I.

¿Sabeis lo que digo, caballeros, con permiso de nuestro soberano que está presente? que los nobles habremos de ocuparnos ahora en las aventuras amorosas á falta de otra cosa en que pasar el tiempo; porque en todo Aragón no se desnuda una espada, gracias á la prudencia de Don Jaime I, que felizmente rige el cetro de sus abuelos.

— Señor vizconde de Bearn, vos hablais como militar y como galán; mas yo que no tengo nada de lo segundo, ¿en qué podré emplear los años, si Dios no es servido de depararnos luego una guerra donde esparzamos el ánimo enmohecido por el ocio?

— ¿En qué? yo os lo diré muy pronto, valeroso Moncada: retad á singular combate á todo el que asegure ser bueno el licor que hay vertido en esas copas, y máguier que no os falten manos para dar estocadas y bofetes de lanza á pesar de que las teneis sobradamente largas para el efecto. ¡Oh! el vino que nos ha puesto nuestro generoso Martello, prueba bien que es una de las personas mas calificadas de Tarragona.

— Lo único que prueba, señores míos, es que yo sé apreciar el honor que me dispensa mi soberano con sus visitas y tan esclarecidos huéspedes como vosotros con su presencia.

— Muy favorecidos, caballero Martello; Su Alteza os ha hecho un saludo de cabeza con su acostumbrada benignidad; y nosotros no podemos menos de daros las gracias por el opíparo banquete que nos habeis servido.

— Decid alguna cosa, Carrocio, vos bebeis como buen alemán, pero no hablais como buen bebedor, y mientras el brazo descansa es necesario que trabaje la lengua: ¿qué nuevas teneis de vuestra heroína catalana?

— Guillen, cuando tú sacaste maltratada una pierna en las márgenes del Garona no gustabas de que el cirujano te tocara á la herida. Recuerda bien lo que te digo, y no incomodes al bravo Carrocio con preguntas intempestivas.

— A decir verdad, señor vizconde, nuestro noble alemán no debe tener mala voluntad á los moros mallorquines, porque si es cierto que ellos le han robado su hermosa Berenguela, tambien lo es que Berenguela le habia robado el corazón, y ya saben Vds. que dice el adagio que «quien roba al ladrón, etc.»

— No, y que por otra parte nuestro ilustre compañero de armas debe estar sin cuidado por su dama, porque los musulmanes en general tratan muy bien á las mujeres.

— Como que las tienen siempre encerradas para que no las dé el sol...

— Gerardo, os doy la enhorabuena porque habeis hablado sin tropezar y con acierto, cosa que jamás os acontece despues de vaciadas las copas, y el caballero teutónico os debe estar muy reconocido por el lenguaje consolador que empleais para tranquilizar su espíritu.

— El caballero Teutónico, señores, está lleno de satisfacción en este momento al ver que su desgracia os divierte, y da mil gracias al destino que al arrebatarle la prenda mas querida de su corazón le ha dejado al menos unos amigos que le entretienen... burlándose de su despecho.

Pronunciaba estas últimas palabras un guerrero de atléticas formas y rostro á un tiempo hermoso y varonil que vestía el hábito blanco y ostentaba en su pecho la cruz negra, distintivo del orden teutónico. Seis caballeros sentados al rededor de una magnífica mesa de alabastro sostenian la conversacion, de que hemos destacado un pequeño fragmento, y un jóven ricamente vestido hacia de cabecera, demostrando aun mas que en sus insignias, en su aire de majestad y en sus miradas injuriosas, pero llenas de dulzura, que era un hombre superior á los otros, y un hombre superior á tan distinguidos personajes no podía menos de ser un monarca. Abismado se hallaba al parecer en las mas profundas reflexiones, porque su mano inmóvil no se apartaba un punto de la empuñadura de la espada, y su cabeza se reclinaba un tanto sobre el pecho como abrumada por el peso de opresoras cavilaciones. Sacóle de su éxtasis la vehemencia con que pronunció su último período el

caballero teutónico, y dirigiéndose á él con ademán bondadoso, le dijo:

— Tranquilizaos, valeroso Carrocio; estos nobles de de mi séquito son un poco inclinados á la sátira, y la emplean indistintamente con todos sus amigos; pero al mismo tiempo rebosa en sus pechos la generosidad aragonesa, y saben hacer de los extranjeros como vos el alto aprecio que se merecen.

— Tributo á Vuestra Alteza las mas expresivas gracias, contestó el caballero, por el favor que me dispensa, y jamás pondré en duda la generosidad de estos nobles señores que me honran con su amistad; pero creo que serian mejor empleadas sus burlas en un page de antecámara que en un hombre en cuyas venas circula la mas ilustre sangre de Alemania. Yo soy desgraciado, y este es un título en todas partes á la compasión y al respeto.

— Si os juzgais ofendido por lo que he dicho acerca de las costumbres musulmanas...

— Gerardo, dijo el joven monarca interrumpiendo al interlocutor. Si tuviérais tanta memoria en los banquetes como bizarría en las batallas, os acordaríais de que habláis en este momento en presencia de vuestro soberano.

Estas palabras y el tono severo con que fueron pronunciadas, produjeron un intervalo de silencio, durante el cual los criados de Martello, que era el dueño de la casa en que pasaba esta escena, acabaron de llevarse copas y restos de la comida con que este principal señor había obsequiado á sus huéspedes.

Pasados algunos minutos, el rey Don Jaime, que era el joven situado á la cabecera de la mesa, queriendo distraer á los caballeros que le rodeaban del embarazo en que los había puesto la quisquillosa delicadeza del alemán, puso en las manos de este un laud que estaba medio oculto entre los pliegues del riquísimo dosel que le servía de asiento, y con aire de benignidad y de gracia le dijo:

— Es fama que sois buen músico y que tambien componeis romances. Hacednos la gracia de cantar alguna escena de vuestros combates, porque nos place sobremanera el ver á un valiente guerrero transformado en trovador.

— Voy á obedecer á V. A., contestó Carrocio, y preludiando un tono melancólico con la mayor destreza, cantó las siguientes estrofas en voz sonora, aunque enronquecida un tanto por la cólera que despertaban en su pecho.

Choca la mar espumosa  
Contra el flotante vagel  
Y como cándida esposa,  
En brazos de su doncel,  
Una belleza reposa  
Dormida y serena en él.

Nítida espuma parece  
Que por las olas navega,  
Que con el céfiro juega  
Y entre las hojas se mece  
De la caña que se anega  
Dentro del agua en que crece.

Concha sacada del mar  
Por avaro pescador,  
Se ve su nácar brillar  
De la aurora al luminar,  
De la luna al resplandor.

Vida en su seno se advierte,  
Porque palpita y respira,  
Ardiente lágrima vierte...  
¡Ah, si entre sueños suspira,  
No es sueño el suyo de muerte.

Mas el corsario en alerta  
Su buque ligero guía...  
Virgen hermosa, despierta,  
Que está tu nave desierta  
Y el moro feroz te espía.

Despierta, que ya el alfange  
En su airada mano brilla,  
Y cien hijos acaudilla  
Del desierto abrasador.

Despierta, que á tí se acerca  
De victoria el ronco grito,  
Y con su aliento maldito  
Marchitará tu candor.

Despierta... mas ¡ah! ya escucho  
Tu doloroso gemido

Entre el horrído estampido  
De atronador arcabuz.

Los impíos te arrebatan  
Y á su bárbara violencia,  
Morirá de tu inocencia  
La pura y brillante luz.

¡Gran Dios, que su llanto miras  
Desde el estrellado cielo,  
Una gota de consuelo  
Derrama en su corazón!

Dila que en su busca corro,  
Que el eco de muerte suena,  
Y en roja sangre agarena  
Verá inundar su prision.

Calló el enamorado músico al pronunciar estos últimos versos, é hizo un violento esfuerzo para contener una lágrima que se asomaba á sus párpados.

El noble príncipe despues de encarecerle, como exigía la política, la dulzura de su voz y la belleza de su canción, le suplicó que refiriese las principales aventuras de su vida, á lo que él contestó con mesurado continente:

— Si hubiese de manifestar á V. A. con toda extensión la série de mis desgracias, la luz de ese astro que va ocultándose en el ocaso nos alumbraría tres veces sin haber cumplido enteramente el empeño que me imponéis. Nacido en la hermosa Viena y rodeado del prestigio y honores de la humana grandeza, he visto correr mi infancia como el sueño de un poeta, dulce, risueña, colmada de imágenes y nutrida de esperanzas... pero despues... ¡ah, despues el cuadro ha cambiado de color! La guerra ha sido mi alimento, los combates mis festines, y los calabozos mis palacios. Yo he pisado la arena de Palestina, he visitado el sepulcro del Redentor, he descendido á las mazmorras del islamismo y salpicado con mi sangre los muros de Tolemaida... Mucho he sufrido, generoso monarca, y mucho me resta acaso que sufrir. Una hermosa me ha encadenado á su destino, y su destino es el de morir deshonrada en el harem de un africano. Juzgue V. A. lo que padecerá el corazón que se oculta bajo este hábito religioso. La hermosa Berenguela es una de las joyas robadas en las costas barcelonesas por la codicia de los moros mallorquines, y la suerte que la cabe podeis juzgarla por esta carta que milagrosamente ha llegado á mis manos.

Al decir estosa co de entre los pliegues del hábito un pergamino y leyó con turbada voz los siguientes renglones:

« Si estas palabras llegaren alguna vez á ser leídas por un caballero cristiano, espero que no negará una religiosa sepultura á la infeliz Berenguela, descendiente de los nobles condes de Barcelona. En el palacio de Retabohibes y en el último aposento de la galería baja morirá muy en breve por falta de alimentos, una mujer que no ha querido abjurar la santa religion de sus mayores sin permitir que se manche la pureza de su virtud. »

— ¡Infames! exclamó arrebatado de cólera el generoso Don Jaime, yo os pediré satisfacción con la espada de un atentado tan atroz...

Levantóse de su asiento con aire impetuoso, dirigió una mirada aterradora hácia el mar que se distinguía por una ventana del aposento, y señalando con la mano hácia el lejano horizonte, dijo á los caballeros que le rodeaban las siguientes razones:

— Nobles amigos, no en vano vuestro monarca os ha reunido en este sitio, porque desde aquí se distingue el camino de la gloria, y ese es cabalmente el que buscan vuestros corazones ansiosos de laureles; ved esas olas encrespadas por la marca que zumban sordamente en nuestros oídos; seguidlas con la vista y observareis que van á estrellarse en las costas mallorquinas... en las costas habitadas por los enemigos de nuestra ley. Allí, á la parte opuesta de esa extensión de agua, reside el infame robador de Berenguela, el pirata que ha sepultado en llanto á innumerables familias, y el mismo que ha osado insultar á vuestro rey en la persona de sus embajadores. Yo juro por la cruz de esta espada tomar una sangrienta venganza de tamañas afrentas, talar sus campos, conquistar su ciudad, y mesarle las barbas para que sea vil objeto de la bafa y del público ludibrio. No os pregunto, caballeros leales, si me seguireis en esta empresa, porque fuera poner en duda el valor y amistad que me habeis demostrado en vuestros heroicos hechos. Partid, apresuraos á tomar las armas y á convocar vuestros valientes, parciales. Un mes sea el término que se fije para concluir nuestras velas, y un dia el señalado para combatir y « triunfar. »

No produce un efecto mas súbito la chispa de fuego introducida en un cañon, que el discurso de Don Jaime I en el ánimo de los concurrentes.

A su voz todos se levantan y hacen juramento solemne de conquistar á Mallorca ó perecer en la empresa, y saludando profundamente al joven príncipe y al extranjero, salen de la estancia apresurados y se distribuyen por las calles de Tarragona.

Carrocio quedó un momento pensativo, fijos los ojos en el lejano horizonte donde su exaltada imaginación

le presentaba las torres y mezquitas de la aborrecida ciudad; pero vuelto en su acuerdo al sentir la mano del monarca aragonés que se apoyaba cariñosamente en su hombro, trató de disculpar su distracción é hizo ademán de retirarse.

— No es justo que os retenga mas tiempo á mi lado, le dijo Don Jaime al despedirse. Partid y prevenios para el viaje. Haced provision de armas, y si os faltaren algunas, contad con las mías. Nuestra causa es la misma, y pienso que desde hoy debe reinar entre nosotros una misma fraternidad.

— Vuestra Alteza ha dicho muy bien, contestó el caballero; nuestra causa es la misma, mas sin embargo, no es uno mismo nuestro destino; porque vos, señor, vais á ganar un imperio, y yo... á dar sepultura á un cadáver.

## II.

Era una tarde de diciembre de 1230. Una densa niebla oscurecía las estrechas calles de Mallorca. El inmenso populacho circulaba por todas partes en desorden dando gritos de alarma, encerrando sus mujeres y sus niños en el interior de las casas, y formando grupos y corrillos en las plazuelas con las muestras de la mas viva consternación. Una multitud de hombres armados corrían á guarecerse en los muros de la fortaleza; otra porción numerosa daba vuelta á la gran mezquita, llevando en hombros los ensangrentados cuerpos de mil ilustres guerreros, y varios jefes de las huestes mahometanas discurrían por la desolada ciudad, consolando á unos, exhortando á otros, y dando precipitadas disposiciones para la defensa de la plaza.

En estos angustiosos momentos el soberbio Retabohibes descansaba muellemente en una estancia de su alcázar. Rodeábanle numerosos esclavos armados de azagayas y de puñales, perfumábanle los aromas que chispeaban en ocho doradas copas, y apoyaba su hermosa pipa de martil en las manos tambien de marfil de una cautiva valenciana. Sentado en dos riquísimos almohadones de damasco recamados de oro, escuchaba en silencio á su visir y confidente Abenhut, el cual con los brazos cruzados y la cabeza reclinada sobre el pecho le hacía una minuciosa relación de los sucesos de la jornada.

— Ya, poderoso señor, le decía, estais informado por vuestro esclavo de los proyectos de esos cristianos atrevidos que tienen la osadía de invadir el imperio que os ha concedido Alá. Muchos han muerto, señor, á los golpes de vuestros valientes soldados; muchos han mordido la tierra que trataban de usurpar, pero aun quedaban bastantes para que no podamos reposar tranquilamente en los brazos del sueño, ni disfrutar las ricas presas que nuestro arrojo les hizo.

— ¿Qué número cuentan esos perros incrédulos? preguntó el arrogante monarca con aire de indiferencia.

— Quince mil hombres de todas armas, contestó respetuosamente el visir.

— Pues entonces, dijo Retabohibes, podremos reposar tranquilamente en los brazos del sueño, porque mis soldados pasan de 50,000 y Mahoma nos protege.

— Poderoso señor, bien pocos son en verdad nuestros contrarios, repuso Abenhut, pero los he visto pelear y no creo que debamos entregarnos á lisonjeras esperanzas. El jefe que los manda es el rey de Aragon, el hijo de aquel nazareno que abatió nuestras lunas en las Navas de Tolosa, y respira toda la bizarría y alivez de un hijo del desierto. Acompañale un caballero de hábito blanco con una cruz negra en el pecho, el cual lleva en pos de sí el espanto y la desolación. Mas de 30 musulmanes han sucumbido á sus golpes, no hay escudo que pueda resistir el bote de su acerada lanza, ni tigre que se arroje á su presa con sed de sangre mas voraz que la que él muestra al lanzarse sobre nuestros guerreros consternados. En vano se previno una emboscada para destruirle á él y á sus aborrecibles parciales... él supo abrirse paso por entre las huestes que le acosaban, como se abre paso el jabalí entre los cazadores que le cercan; él supo triunfar, y... sea dicho con oprobio de nuestras armas; él ha llegado á insultarnos con su presencia á las mismas puertas de esa ciudad en que reina el poderoso Retabohibes.

— ¡Qué escucho! exclamó consternado el rey, alzándose de su asiento con extraordinaria prontitud... ¿esos perros malditos que el profeta confunda, han tenido la osadía de acercarse á los muros?

— Sí, poderoso señor, vuestra corte se halla cercada por los nazarenos, las máquinas de guerra asestan ya sus infernales tiros contra las torres amuralladas, y todo el pueblo reunido en las mezquitas implora la protección de Alá, y ruega al cielo que conserve la vida á su monarca.

— Partamos, Abenhut, partamos, exclamó todo trémulo y fuera de sí el acojonado Sivarita.

— Es preciso que yo vea á mis soldados, que deliberemos sobre las proposiciones que han de hacerse á ese reyezuelo de Aragon, á quien desprecio y que no quiero exterminar. La prolongación de esta guerra pudiera ser funesta á mis fieles musulmanes, y yo quiero evitar el derramamiento de su sangre... Zoá; hermosa esclava, vuelve á tu estancia y no llores por tu señor, pues Alá le defenderá. Corre, Abenhut, yo te sigo... que todos los hombres sin distinción de edad acudan á las murallas bajo pena de muerte... que la guardia de mi palacio se redoble y nadie se acerque á hablarme sino tú... que se quite la vida á todos los cautivos cristianos que yacen en las mazmorras del

fuerte... pero no, que este acto irritaría la cólera de nuestros contrarios y aumentaría su valor.

Al decir esto el atribulado rey, aproximósele el jefe de los eunucos y le habló al oído algunas palabras inteligibles.

— ¿Con que ha muerto?... exclamó Retabohibes mirando con desenchajados ojos al hediondo mensajero.

— Tal sospecho, poderoso señor, exclamó este. Desde ayer á puestas del sol no se la ha sentido suspirar.

### III.

En esto el rumor de las armas se acrecentó por instantes, los gritos del pueblo resonaron con estruendo en todos los ángulos de la ciudad, y el jefe de los musulmanes salió de su entapizado aposento, con la preci-

pitacion y sobresalto de un hombre que vé derribarse su imperio, y tiembla perder una vida embalsamada de placeres.

Agrupados en rededor de Don Jaime I los mas ilustres caudillos del ejército cristiano, discutian acaloradamente si deberian ó no admitirse las condiciones de paz propuestas por los sitiados. Reducianse estas á que el rey de Aragon ocuparia en el acto á Mallorca, y que los moros precedidos de su monarca, saldrían de la ciudad con sus familias y riquezas sin ser inquietados por los vencedores; á cuyo pacto se inclinaban los mas ancianos del consejo.

— Señores, decía el valeroso don Gonzalo, que habia militado bajo las banderas de Don Juan II (padre de Don Jaime) si no queremos desatender los avisos de la prudencia, me parece que deberemos admitir las honorosas proposiciones de los moros. Nuestros bravos soldados están rendidos de fatiga y deseosos de terminar

esta lucha. Los sitiados cuentan con numerosas fuerzas, y la desesperacion suplirá en ellos sin duda alguna la falta de valor.

— Soy del mismo parecer; exclamaron á la vez varios capitanes de edad madura que se hallaban presentes. Muy amargo será el fruto de una victoria dudosa, si para conquistar unos muros ruinosos hemos de prodigar la preciosa sangre de nuestros compañeros y amigos.

— Esa preciosa sangre, exclamó arrebatado de cólera entrando precipitadamente en la tienda el valeroso Carrocio, esa preciosa sangre es la que grita en este momento venganza á todos los que sientan en su pecho latir un corazón noble y exento de temor. El conde de Bearne, el ilustre don Guillen y otra multitud de esforzados guerreros han perecido á manos de los infieles... yo los he visto hace un momento espirar como héroes en la emboscada que nos previno la perfidia, y



ASPECTO DE PARIS BAJO EL RÉGIMEN DE LA COMMUNE. — Vendedor de aves en el Palacio Real.

de que milagrosamente he logrado salvarme. ¿Y podremos permanecer impasibles á la vista de sus sangrientas heridas, admitiendo un vergonzoso pacto que el miedo y el terror han logrado arrancar á sus asesinos?...

No dijo mas, pero hablaron sus ojos lo bastante para arrebatar al concurso. El monarca aragonés cedió al impulso irresistible del valiente extranjero, y algunas horas despues la ciudad de Mallorca saludó por soberano á Don Jaime el *Conquistador*.

Retabohibes á la entrada de los cristianos en la ciudad, se retiró á un paraje secreto para evitar la muerte; pero el héroe vencedor le siguió á su escondite, y asiéndole de la barba le sacó del zaquizamí y le mostró á sus soldados en el estado mas humillante.

Multitud numerosa de soldados inundaba el palacio del destronado moro, violentando las puertas, subiendo y bajando las escaleras con fardos de botin, y buscando por todas partes con ávida codicia los tesoros que de

remotas edades se suponian escondidos. Al extremo de la galeria inferior habia cargado un grupo considerable de hombres de armas, que á las voces y exhortaciones del jefe que los dirigia, empleaban los mayores esfuerzos para sacar de su quicio una férrea puerta que cerraba la entrada de un reducido calabozo. En el hábito blanco y negra cruz que ostentaba el caudillo de aquellos tumultuarios cristianos, se dejaba reconocer fácilmente el caballero Teutónico, nacido en la populosa Viena y trasportado por el amor y la venganza á las murallas de Mallorca. Rojas manchas de sangre empañaban el brillo de su armadura, y una fria y feroz desesperacion se retrataba en su semblante. Sus ojos se dirigian hácia la puerta con una expresion de delirio, y los pliegues del hábito se movian cual si fuesen impelidos por el viento, obediendo al impulso de los latidos de su corazón. Abrióse paso por fin al tremendo lugar, dirigió una mirada rápida en torno de sí y exhaló un gemido que heló de espanto y compasion á los

soldados que le rodeaban. Berenguela, la hermosa Berenguela, era ya un cadáver frio, arrojado sobre el húmedo pavimento y falto de accion para estrechar un crucifijo de metal en que apoyaba su cabeza. Sus descarnadas facciones revelaban el hambre y los padecimientos que habia sufrido... el candor y serenidad de aquel rostro enjuto, daban sin embargo á conocer que le habian servido de escalon para una eternidad de ventura.

El desventurado amante, llenos los ojos de lágrimas y el corazón de despecho, dió sepultura á los mortales restos de la hermosa infeliz; y luego á la manera de esas oscuras nubes que aparecen un momento en el aire, y van hácia las cumbres de lejanas montañas á descargar sus rayos, dió un tierno adios á sus amigos y desapareció en el alcance de las huestes contrarias que huian despavoridas.

C. DIAZ.